CONVERSACIONES SOBRE LA MUERTE Y LA VIDA, EN EL CONTEXTO DE LA TRADICIÓN JUDÍA.

Conferencia pronunciada por Friedrich Weinreb en el Instituto de Estudios Filosóficos de la Universidad de Roma, el 6 de enero 1980. El tema del coloquio era RELIGION Y FILOSOFIA FRENTE A LA MUERTE, y la conferencia se titulaba: *Conversaciones sobre la muerte y la vida, en el contexto de la tradición judía.*

I.

La palabra hebrea *jayá*, significa “estar vivo”. Está muy cerca de esa otra palabra *hayá*, “ser”. En hebreo, la diferencia entre la letra *jet* (*jayá*) y la *hé* (*hayá*) es considerable. En los jeroglíficos, sin embargo, la letra *jet* y la *hé* muestran el mismo dibujo: la forma de una persona. La letra *hé* es aspirada, mientras que la *jet* es un sonido gutural y, por tanto, muy corporal. La palabra hebrea *halel* significa alabar, glorificar; conocemos la noción *haleluyá*, *alabad al Señor*. La palabra *jilel*, *-la hé* se ha convertido en una *jet*– significa profanar. La diferencia en cuanto al dibujo de las letras es extremadamente pequeña, pero el efecto es considerable. Casi no puede diferenciarse la letra *hé* de la *jet*; la diferencia es una pequeña apertura en la *hé*, mientras que la *jet* está cerrada. La letra *hé* puede traducirse también como “ventana”, mientras que la *jet* significa “cercado”. *Jayá* nos dice, por tanto, que hay vida, pero en un circuito cerrado, excluyente. *Jayá* es la manifestación terrenal del Ser.

Jayim es la palabra hebrea que significa “vida”. Tiene las mismas raíces que *jayá*. Pero *jayim* habla de una dualidad, como todas las palabras que terminan en *ayim*. La dualidad en la palabra es una dualidad principal. Las manos, por ejemplo, *yadayim*, son una dualidad de la mano derecha y la izquierda. Pero izquierda y derecha no solamente como oposición en el exterior, sino también interior, porque se trata de una oposición de principios. Como la oposición entre lo manifiesto y lo no-manifiesto. Es decir, entre aquello que, en principio, de alguna forma, en algún lugar o tiempo, puede manifestarse, aunque quizás sea únicamente en la imaginación, y de aquello que en principio no puede manifestarse nunca. No podemos ni siquiera imaginarnos una no-manifestación.

Jayim, por tanto, es la vida concreta, palpable, perceptible aquí; la vida clara que puede ser ordenada causalmente y, por otra parte, algo diametralmente opuesto. La sensación que provoca ese lado opuesto puede variar. Se trata de una parte contraria a *jayim*, es decir, de otra forma de vida. La palabra *jayim* nos dice todo eso. Ese otro lado de la vida ¿podría ser la muerte? No, la respuesta es no. Porque en hebreo existe otra palabra, completamente diferente, para muerte: *mavet*, muerte y *met*, muerto. La palabra *morir* se escribe igual que *met*, muerto, con las letras *mem-tav 40-400*.

La resurrección en el hebreo es *la vuelta a la vida de los muertos*.

Significa que estamos ante dos dualidades: la dualidad de la vida en sí, y la dualidad vida/muerte.

Hablemos en primer lugar de la dualidad de la vida. La vida, concebible, comprensible, medible, abordable en cantidades y en historias. Para nosotros, lo manifiesto es aquello que vemos en tiempo y espacio y que nuestra mente lo puede ordenar. El tiempo conoce el fluir, las fases, una detrás de otra, y aprendemos a pensar en el sentido de causa y efecto. También el espacio conoce o-eso-o-aquello. La percepción de tiempo y espacio puede darnos cierta sensación de incomodidad, de déficit, de encontrarnos siempre frente a una alternativa. Puede hablarnos de ocasiones perdidas y con ello de sentimientos de culpa. Agresiones frente a otros que están en nuestro camino, en el tiempo o en el espacio. Una sensación de malestar, de insuficiencia, que conlleva la percepción de que quizás deberíamos enfrentarnos a la vida con mayor preparación. Con ello entramos en el mundo del principio del esfuerzo, de la utilidad, de culpa y expiación, de recompensa y castigo, carrera, estatus, economía, finanzas, política, imágenes de enemigos, ambiciones, gansterismo, ajeteo, estrés, enfermedades y al final estamos frente a la muerte que devora todo.

Las ciencias se basan en este único lado de la vida y sus esfuerzos van dirigidos a hacerla soportable. Pero muchas veces la hacen insoportable. La sociología, la psicología, la filosofía y la teología están basadas en este lado de la vida. Y hay que decir que es correcto y apropiado. Porque finalmente vivimos aquí, hay que conformarse y, de alguna manera, esta vida debe de ser razonablemente aceptable.

El otro lado, el lado opuesto, no es concebible de ninguna forma, bajo ningún concepto. Se puede ordenar causalmente el lado manifiesto –o por lo menos es lo que se intenta hacer desde hace miles de años– pero el otro lado está más allá de toda percepción causal. Contradice de continuo todas nuestras imágenes mentales, causando horror y temor. Quizás nuestras pesadillas vienen de allí y quizás también ciertos comportamientos curiosos, pero también las artes, las genialidades, la casualidad y la intuición tienen su fuente allí. Quizás también los sentimientos religiosos o la guía para el vuelo de los pájaros, los instintos, los sentimientos y comportamientos inexplicables. En todo caso, tal vez ese otro lado exista. Podría decirse también que el lado manifiesto es ante todo lo digital, y el otro lado es la totalidad, es decir, lo digital más ese otro elemento inexplicable. Es difícil dibujar los límites con claridad; pero debemos comprender que existen los dos lados de la vida.

¿Tenemos quizás miedo de ese otro lado? ¿No podríamos intentar acercarnos, aunque sea algo difícil de imaginar? Creo que la siguiente imagen podría ayudarnos.

Se conoce la dualidad de la vida en general en la imagen del hombre y de la mujer. *Sakar* es la palabra hebrea de masculino, que significa al mismo tiempo recuerdo, memoria. Significa que es algo interior. En la palabra alemana *Erinnerung*, recuerdo, el lado interior (innen) está ya presente. Se sabe que el ser humano parece registrar todo en algún lugar, por lo menos los sucesos desde su nacimiento. Aunque no puede disponer de esos recuerdos conscientemente. Algunas veces surgen en el sueño y otras veces en el comportamiento.

Se puede ir más allá en cuanto al recuerdo personal y decir que los genes, la masa hereditaria contienen los recuerdos de muchísimas generaciones pasadas. ¿Hasta

dónde puede retroceder el hilo? ¿No retrocede por la mezcla hasta el comienzo, hasta la creación? Hasta el momento en el que Dios crea al ser humano; no hablamos de la fecha de su nacimiento, sino más bien de cuando Dios creó al ser humano a su imagen y semejanza. Si dejamos de lado el río del tiempo –porque se trata únicamente del lado manifiesto de la vida– ¿no podría decirse que no se trata únicamente de la masa hereditaria de las vidas pasadas, sino que también confluye lo venidero? Sería la masa hereditaria con el signo opuesto.

El lado masculino es pues el lado no visible de la vida. Oculto, pero por esta causa quizás, fundamental. Este lado masculino es el recuerdo y está en toda persona, ya sea hombre o mujer.

La palabra hebrea *sod*, designa lo oculto, el secreto. *Yesod*, es el fundamento, es decir, al fundamento solo se accede desde la noción secreto. Y ese otro lado de la vida, ese lado opuesto a la manifestación ¿no es un secreto, casi un espanto?

Nekevá es la palabra hebrea que significa *mujer, femenino*. También *hueco*, es decir, es solo exterior. Es la fachada exterior. Lo exterior es lo manifiesto, el cuerpo, por ejemplo, que da cabida al secreto del lado opuesto de la vida.

¿No es la unión de estos dos lados el sentido de la vida aquí? ¿Es quizás por esta razón por la que busca el hombre a la mujer y viceversa y por eso la infidelidad es un asunto tan doloroso?

¿Qué es lo manifiesto sin lo oculto? Una mujer sin hombre. ¿Va quizás el sentimiento de la mujer sola hasta ese sentimiento primordial? Más tarde hablaremos también de la mujer infiel, de la viuda y de la mujer repudiada, en el sentido de estas imágenes.

Del Cantar de los Cantares se dice que contiene los secretos más profundos. La mujer busca al hombre, el hombre busca a la mujer. El mundo busca a Dios. Dios busca al mundo. Lo manifiesto busca lo oculto y lo oculto necesita lo manifiesto. La consciencia y la no-consciencia; estar despierto y estar soñando. Hasta el bien y el mal son una tal dualidad. El bien, claro, comprensible; el mal, un secreto espantoso que derriba todo lo construido. La vida y la muerte. La vida, comprensible, agradable; la muerte sin sentido, una bajeza; ¿para qué? ¿por qué? ¿secreto de lo oculto?

La vida en el mundo como la vivimos se llama *arisa, compromiso, noviazgo*. Significa que lo manifiesto conoce la promesa de poder unirse alguna vez con lo oculto, formando unidad. El sentido de la vida es esa unidad y para alcanzarla estamos en este mundo. El mundo tiene un secreto. Las montañas en la Biblia, en la mitología, ocultan un secreto. El Monte Sinaí, el Monte Carmelo, el Monte de Sión, el Monte del Templo, el Monte Tabor. Pero también el Olimpo y muchas otras montañas. Los montes saltan como carneros. El carnero, el cordero y la montaña ocultan secretos.

La novia, en el tiempo del noviazgo, espera con alegría el día del matrimonio; el hombre espera a la novia, va a recibirla.

¿Para qué este tiempo del noviazgo? ¿Por qué no el matrimonio de inmediato? Estas preguntas muestran ya un sentido de la vida. Porque las preguntas piden una respuesta, una respuesta satisfactoria.

¡Anhelo! La novia anhela, el novio anhela; el ser humano anhela y Dios también; la tierra anhela y también el cielo. Ciertamente, el anhelo es algo hermoso, quiere decir que seguimos estando en la búsqueda, en el camino. Quizás es la alegría de la búsqueda, porque cuando se está prometido se sabe que el matrimonio será un hecho. Impaciencia y preparación. Quizás viva aquí el secreto del amor. Un secreto que tiene la misma raíz que la fe y la esperanza.

El mundo de las manifestaciones provoca una visión determinada, causada por la razón y las acciones causales. Se sabe y se acepta que todo tiene una causa, que hay que intervenir, o no, para obtener cierto efecto. Hay que esforzarse, de lo contrario será apartado y ninguneado. Ese es el mundo que se esfuerza por el salario, el beneficio, el éxito, en definitiva, es el mundo del comercio, del comerciante. *Cananeo* significa también comerciante. Es el cambista, da lo que la lógica y la causalidad dicen que se puede dar. Es el mundo de las leyes naturales, el mundo de la ecuación matemática.

Estando en este mundo el ser humano está convencido de que debe producir; de no hacerlo, no tendrá nada. Y así se va acostumbrando a que todo, o por lo menos lo más importante, dependa de su actitud. Tiene sus esperanzas y no le sienta nada bien decepcionarse; es decir, que sus esperanzas no puedan cumplirse. Así comienza a pensar que él mismo es quien determina el curso de los acontecimientos, en todo caso, dentro de los límites de su vida. Las interrupciones le molestan sobremanera, el miedo de que otros, o el destino, puedan arruinar sus propósitos no le gusta nada. Aquí encontramos los elementos de la política personal y general. Aprendemos de las experiencias, construimos una técnica y surge el convencimiento de que somos responsables, dentro de ciertos límites causales. El mundo material provoca una actitud que se basa en el esfuerzo y en la responsabilidad.

Pero ahora hablemos del amor. No creo que haya palabra que sea más malentendida que la idea del amor. Quizás los malentendidos surgen porque pensamos que el amor, igual que la vida, se refiera a un solo lado, al lado manifiesto. Viviendo como si ese fuese el único lado existente. El amor, sin embargo, *ahavá* en hebreo, viene de la raíz *hav*, dar y tomar, y como siempre sucede con la palabra, se refiere a todos los niveles, a todas las capas, a todas las realidades. La palabra encuentra en cada mundo su correspondencia eficaz.

El amor, *ahavá*, cuyo sentido es dar y tomar, nos señala lo siguiente: *es dar y tomar en uno de los lados de la dualidad y pasarlo al otro lado de la dualidad*. Es pasar una frontera, mejor dicho, es atravesar y romper los límites que, según la causalidad, son irrompibles e imposibles de cruzar. Porque la causalidad pretende ser una ley. Pero el amor derriba la ley. Entra sin llamar.

Estamos pues hablando de las nociones de la entrega y de la aceptación. Entregarse es abandonar, renunciar, quizás borrarse; y la aceptación contraria a la razón, porque se

confía en las buenas intenciones del otro. Eso podría significar que amar al otro es creerle, saber que todo está bien, aunque todo indique que podría ser malo, incomprensible, inaceptable, incluso intolerable. El nombre de David significa *el amado*. Tengamos cuidado: no se refiere a aquel que ama, sino más bien a aquel que es amado, él es amado. Porque es hermoso poder amar y regalar, es grandioso. Pero regalando el amor, podría fácilmente introducirse algo de orgullo. En el sentido de “ved cuán bueno soy, cuán rico, qué bueno poder regalar parte de mis riquezas a ese pobre”. Pero tomar, aceptar, ser capaz de ser el más pequeño, el dependiente, eso es contrario a la imagen de un mundo donde la altivez domina. No es una actitud inteligente en un mundo construido sobre las apariencias. Pero entre otros nombres, el Mesías se llama también *hijo de David, hijo del amado*. El hijo de aquel que acepta todo, ya sea razonable y comprensible o no lo sea. David canta en toda situación. Reconoce la melodía de la vida, la vida en su totalidad, en su dualidad, acepta todo porque sabe que viene de Dios. Solo de Dios puede aceptarse *todo*. Porque también en el sufrimiento más grande podría decirse: *Dios me ha amado con tal amor y con tal poderío*.

La entrega y la aceptación van, por tanto, desde un lado de la vida al otro. Desde lo manifiesto al lado oculto; desde el lado causal al lado a-causal, desde la vida a la muerte. Y viceversa.

Debemos entender el amor entre el hombre y la mujer como está cantado en el Cantar de los Cantares, yendo hasta las capas más profundas del secreto. De hecho, el amor es una cualidad con un comportamiento contrario a todo cálculo, al mundo de las leyes. El amor traspasa los límites de la ley.

La creación en la palabra, en el primer capítulo de Génesis, nombra a *Elokim*, Dios, como creador. En la tradición judía, *Elokim* es el Dios que garantiza la justicia. Que cuida las leyes de la creación hasta en sus últimas y más profundas capas. Por ello el mundo tiene firmeza y el alma corporal, *la nefesh jayá*, puede manifestarse.

Pero el mundo no puede mantenerse bajo un conglomerado de leyes. Parece que falta lo más importante. Se han creado muchos mundos –la tradición habla de 974 mundos– y cada vez Dios los debe anular. Porque no tienen sentido y no sirven. Solo después viene este mundo, nuestro mundo, al que llamamos *de presencia sempiterna*. Está escrito que todo está creado, pero nada puede desarrollarse. Aún no había llovido.

La lluvia es la búsqueda de una relación entre el cielo y la tierra. Algo se anuncia desde el más allá de la dualidad de la vida, comunicándose con el más acá. Se está entablando una relación. El cielo siente que debe producirse algo nuevo. El hombre busca a la mujer y la mujer no puede encontrar su destino sin el hombre. Dios se dirige al mundo, el mundo tiene anhelo de Dios. Aquí encontramos el secreto de la lluvia. La lluvia que revuelve la tierra para que haya posibilidad de crecimiento y de fruto.

Por ello, en el segundo capítulo de Génesis, habla el *Señor Dios, ha-Shem Elokim*. *Ha-Shem* no significa otra cosa que *el Nombre*, y en la costumbre judía se pronuncia así, en lugar del sonido del tetragrama que, como saben, se escribe con las letras hebreas 10-5-6-5. Puede pronunciarse también como *Adonay, mi Señor*.

Hemos hablado de los 974 mundos que son anulados por basarse únicamente en legalidades. Ahora, las letras del tetragrama 10-5-6-5 dan un total de 26. Con las 974 llegamos a 1000. Mil, en hebreo, se escribe *élef*, igual que *álef*, la primera letra del alfabeto hebreo, con valor Uno. La Unidad de todo, lo manifiesto y lo no-manifiesto.

La palabra viene de Dios. Significa que domina en los dos lados de la vida, en el lado visible para nosotros y en el oculto. Las letras, *otot*, señales en hebreo, muestran en su forma y en su dibujo aquello que está enfrente sin forma y sin dibujo visible. Lo que está como cualidad, como sentimiento, en breve, lo que es indescriptible. Lo que se manifiesta en nuestro mundo como proporción y cantidad tiene allí un valor cualitativo, es una cualidad. Los números allí son contrarios, son oposición frente al número de aquí. Pero puesto que allí existen números, podemos contar aquí.

Ahora, si en esos 974 mundos no somos capaces de llegar al sentido de la vida con nuestra mente causal, con el análisis científico, entonces la decisión de Dios de hacer caer la lluvia significa el inicio de algo nuevo, de una relación. Y esa novedad, allí en el más allá de nuestra dualidad de vida, tiene el número 26. Es el número de la palabra que aquí conocemos como *el Señor*.

Dentro del contexto de las tradiciones judías se dice que *el Señor* es el aspecto de Dios, que es amor, gracia y misericordia. *Pero Dios, como ha-Shem y Elokim es el mismo*. La dualidad aparece hasta en el nombre de Dios.

Lo mismo es válido para el cielo. Cielo en hebreo es *shamayim*; reconocemos la terminación *ayim*, una dualidad. Es decir, igual que la vida, *jayim*, el cielo *shamayim* tiene esa dualidad. ¿Puede significar que también en el cielo exista una dualidad, una oposición, pero que allí sea una unidad? La palabra lo sabe, sin ningún análisis, sin estudio, sin esfuerzo. La palabra lo sabe desde el más allá, desde la totalidad de la vida. Casi podría decirse que la palabra lo sabe de forma no-consciente.

Shamayim, significa que es una dualidad de *sham*. Y *sham* significa “allí”, “en aquel lugar”. Aquel lugar tiene por tanto un aspecto doble, es una paradoja. ¿Quiere decir quizás que en el cielo no encontramos solamente la parte que corresponde al más allá sino también la parte de enfrente, es decir el más acá, nuestro mundo?

Sabrán que el hebreo no conoce vocales, todas las letras son consonantes. De tal forma que ese *sham* puede leerse también como *shem*. Solo viendo la composición de la frase sabremos si se trata de *sham* o de *shem*. Ahora, *shem* significa “nombre”. *Ha-Shem*, el nombre. Así se pronuncia el tetragrama. Se dice que Dios como Señor es el Nombre, porque es la fuente de todas las existencias, de todas las posibilidades que podamos nombrar. Y el cielo es entonces el mundo, donde todo lo que tiene nombre tiene su lugar. Donde todo tiene sus raíces, de donde todo procede y a donde todo regresa. Regresa al hogar, porque todo lo que está, estaba o estará, se une allí en unidad. Quiere decir que en un lado están los dos lados en unidad, en el otro lado, lo contrario, la multiplicidad. En el lado de allá es la vida entera, en el otro lado es el camino hacia esa vida entera. Y esa oposición es la auténtica verdad.

Curioso, porque diríamos que no puede ser, que es verdad o lo uno o lo otro. Pero la palabra nos dice que la verdad es lo uno y lo otro. Vivir esa realidad, sería *vivir días del cielo sobre la tierra* (Deut. 11,21).

El cielo, masculino; la tierra, femenina. El cielo, lo oculto, la tierra, lo manifiesto. El cielo, lo divino, la tierra, lo humano. El cielo promueve la caída de la lluvia y la tierra muestra el esplendor del crecimiento, la multitud de flores y coloridos. La tradición que habla del camino del ser humano sugiere que el hombre le obsequie a la mujer para que pueda adornarse; que la dé la alegría del amor, que la alimente en todos los aspectos. ¿No son las relaciones del cielo con la tierra? En la vida del ser humano son los efectos de la inconsciencia sobre la consciencia. El cuerpo del ser humano, lo femenino, envolviendo su interior, quisiera ser amado, obsequiado, quisiera ser fuerte y sano y vivir hermosos encuentros. El mundo manifiesto quiere recibir de la abundancia del otro lado, igual que una mujer amada recibe de su hombre. Y nuestra vida aquí quisiera ser exactamente eso.

La vida aquí, en su condición de prometida, está llena de esperanzas. Quisiera vivir con grandes alegrías. Pero las cosas terrenales, con un prometido invisible y quizás ausente, seducen. Como la gravitación, atraen a la novia hacia lo concreto, lo pesado. Las leyes quieren expresiones precisas, mientras que la novia anhela recibir presentes. Pero si el novio, ese otro lado de la dualidad, es invisible, ligero y da la impresión de no estar presente realmente, entonces otros le ofrecen a la novia regalos concretos, causales, comprensibles, y la novia va flirteando con ellos.

¿Diremos que la novia es tonta, imprudente? Si, cierto. Pero no olvidemos que el amor no pertenece al ámbito de la ley, más bien, conduce a una dimensión nueva. El amor es incalculable, esa es la sorpresa y la causa por la que puede ser nuevo, fresco y joven y al mismo tiempo viejo, conocido, seguro e inseguro. Es una experiencia emocionante una y otra vez.

Lo mismo vale para la fe. Si se tiene fe porque el otro demuestra que vale la pena, que aporta los esfuerzos prometidos, no se trata de fe. Será un negocio bueno o quizás malo, cuyo contrato puede rescindirse en cualquier momento.

Si se tienen esperanzas porque un instituto de planificación va demostrando las posibilidades reales que existen para su cumplimiento, entonces también es un trato comercial. Si la situación es mala, la posibilidad de éxito prácticamente cero, entonces es verdadera esperanza. Porque la esperanza se mide con las mismas medidas del amor. No es por nada que la fe, el amor y la esperanza se pronuncien en un solo respiro.

En el judaísmo existe la costumbre de celebrar el compromiso formal de la pareja solo minutos antes del matrimonio, porque no se confía del todo en el ser humano en la fase de *arisa*, del noviazgo. Esta costumbre demuestra que se conoce la debilidad del ser humano. Se sabe que cae una vez tras otra ante las tentaciones de la vida concreta, causal. Y no significa que el ser humano sea tonto o pecaminoso. Yo creo que estamos aquí ante un secreto de la maldad. Dios, en su nombre de El Señor, construye el mundo

sobre el aspecto de la misericordia, de la gracia, del amor. ¿Y qué sentido tendría la misericordia, si no existiese la realidad del pecado y de la infidelidad?

La brevedad del intervalo entre el compromiso y el matrimonio quiere señalar también, lo muy corta que es la vida del ser humano en este mundo, comparada con la vida que intentamos expresar como eterna. *La arisa*, la vida aquí, el anhelo, es importante como paso previo al matrimonio. El matrimonio mismo, la unión de los dos lados de la noción *jayim*, de la noción “vida”, es la eternidad.

No se habla, o solo en muy raras ocasiones, de la novia infiel; pero en muchas ocasiones se habla de la mujer infiel, de la viuda y de la mujer abandonada. Pero es que la relación de amor no termina con el matrimonio. La vida, con la salida de este mundo, no está terminada.

En el lado oculto de su vida, el ser humano –por no estar atado a tiempo y espacio– experimenta la amplitud de toda la vida. Aquí, en este lado, existe al antes y el después, porque existe el tiempo. Los sucesos de la Biblia, los relatos bíblicos, como la tradición señala con absoluta certeza, no conocen ninguna dependencia del tiempo. Está escrito: *no hay ni antes ni después en la Torá*.

Al ser humano, en su camino desde la concepción hasta el nacimiento, se le relatan todos los sucesos del mundo bíblico, los guarda en su memoria y los lleva consigo. El ángel que le cuenta todo ello, llegado el momento, provoca el olvido de todo mediante un golpecito en el labio superior. Así está escrito. Quiere decir, que conscientemente, no recuerda nada. Porque si lo supiera, no podría ni creer, ni amar ni esperar en el sentido más auténtico de la palabra. Tendría el conocimiento y actuaría en consecuencia. Usando la razón, como un auténtico comerciante. La novia, sin embargo, vive en su mundo del secreto. Espera, el tiempo pasa, anhela... es la Sulamit del Cantar de los Cantares.

En la inconsciencia, en el lado oculto visto desde aquí, está todo. Allí está también la mujer infiel, la viuda, la abandonada. Está allí al lado de la mujer fiel, que ama y es amada. Allí está la mujer estéril, sin hijos, y la madre fértil que se alegra con sus hijos. Allí, en la inconsciencia, el ser humano vive en el cielo. Su vida contiene todo lo que fue, es y será. La masa hereditaria en su vida aquí es la correspondencia de esta realidad. Es el lado masculino de la vida. ¿Tiene la mujer anhelo de ese hombre? ¿Busca el ser humano aquí las conexiones, añora la unidad, anhela el matrimonio? El mundo no está solo, como la novia, está esperando al novio. El hombre, *sakar*, *recuerdo*, acordándose, conoce el mundo, la vida. En el cielo, *shamayim*, el mundo de aquí está unido con el mundo de allí en una unidad incomprensible para nuestra mente. Incomprensible porque si no lo fuera, no cabría ni el amor ni la esperanza.

Un matrimonio separado aquí se corresponde con el matrimonio separado en el más allá de la vida y es igual a una catástrofe. Pero la totalidad de la vida aquí está bajo la seña de la promesa, de la esperanza del matrimonio.

II.

Lo que hemos contado son algunos aspectos de la noción de la vida. Pero ahora nos ocuparemos de la palabra y de la noción de la muerte y del muerto.

La palabra *mavet* y *met* muestran el final del camino. La letra *m*, *mem*, según su nombre hebreo significa "agua". En la cualidad del más allá de la vida expresa el valor 40. Y ese valor aquí habla del tiempo. Cuenta la vivencia y la experiencia del tiempo. Por ello, la Biblia da el 40 como medida del tiempo en repetidas ocasiones. Pensemos en los 40 días y 40 años. O en el múltiple de 40: por ejemplo, la vida de Moisés, 80 años hasta la salida de Mizraim y los 40 años en el desierto. Es decir, 2 x 40 y 1 x 40. O pensemos en el cautiverio de Egipto, 400 años, 10 x 40. El valor 40 se repite también en otras culturas y en los mitos.

También el tiempo y el agua muestran un parentesco en la experiencia. Se habla del río del tiempo, del flujo del tiempo. El tiempo no puede detenerse. El camino sigue hacia una meta; nos lleva, queramos o no. La vida surge aquí y fluye en el tiempo. La vivencia del tiempo está sometida a o-eso-o-aquello y excluye su unidad. Es una vida en la alternativa.

El camino sigue y es imposible pararlo. No puede detenerse en ningún lugar. Y si se pierde la experiencia del camino, surge el sentimiento del aburrimiento.

Una imagen del idioma muestra la ola sobre la cual nos lleva el tiempo. *Gal* es la palabra hebrea de "ola". La palabra *gal* es también la raíz de nociones que tienen que ver con la creación de formas. Pensemos en *golem*, *el hombre de barro*, creado artificialmente. Pensemos en *galut*, *exilio*, el cautiverio en la forma. Un rollo escrito que se lee, es una *meguilá*, con *gal* como raíz. Leer el rollo es como cabalgar sobre la ola. Se viven los cambios del paisaje. *Guiluy* es desnudar y también una revelación. Significa que la forma muestra solo el lado exterior. Y solo el lado exterior, es desnudez. Si el ser humano en el paraíso toma del fruto del árbol del conocimiento, se da cuenta de que está desnudo y se avergüenza, porque de pronto se ve solo como algo exterior, ha perdido la relación con su lado interior. Si Dios se muestra, se habla en el hebreo de *guiluy shekiná*, la revelación de la presencia divina en el mundo. Pensemos en *Galil*, la palabra hebrea de Galilea y el relato en la Biblia cristiana. También señalo la palabra *guilgul*, que dice algo sobre aquello que se suele llamar reencarnación. Gira, cambia, de una forma a otra. En esta conexión se habla también de metempsicosis, de la transmigración del alma después de la muerte.

La palabra *gal* se escribe con las letras *guimel* y *lamed*, los valores 3 y 30 en su lado cualitativo. De estos números, de estas letras, se conocen los 33 años que tienen gran significado en el cristianismo. En el judaísmo se conoce el día 33 después del segundo día de Pesaj, de Pascua, cuando cesa la muerte de los alumnos de Akiva. Este acontecimiento se celebra cada año. Después de ese día termina el duelo que comienza el segundo día de Pesaj, porque allí comienza la muerte.

En la lengua hebrea, agua es *mayim*. De nuevo estamos ante una palabra que indica una dualidad. Y se señala que, en el segundo día de la creación, se produce una expansión, *rakia* en hebreo, que separa las aguas de arriba de las aguas de abajo. A las primeras aguas se las llama “aguas masculinas”, y a las segundas, “aguas femeninas”. Significa la diferente comprensión del tiempo. Y a esa *rakia*, como está escrito, se llama *shamayim*, cielo.

El tiempo, por tanto, también es dual. El tiempo como lo vivimos en este mundo es femenino, se expresa en toda manifestación, y el tiempo del otro lado de la vida, donde todo es unidad, es masculino.

En la Biblia leemos sobre los 40 días durante los que Moisés está con Dios en el monte Sinaí, cuando Dios le revela el secreto de la vida. Las Tablas, dos en una, dan testimonio. Son *las Tablas de la Alianza*; y dan testimonio de la alianza, de la relación entre el cielo y la tierra, entre Dios y el hombre. La separación se anula, la paradoja está resuelta, se ha convertido en unidad. En la tradición se reconoce la resolución de la paradoja en la palabra *jarut*, traducida como “grabado”. Palabras grabadas en la Tabla de piedra. Es decir, palabras firmes, invariables. Pero dice la tradición que no vayas a leer *jarut*, sino más bien, lee *jerut*, libre, libertad. Puesto que las letras son consonantes, se puede leer *jerut*, sin más. La Alianza abroga la alternativa y demuestra que lo invariable y la libertad son nociones idénticas. Igual que Dios como *Elokim* y *Adonay* es uno y el mismo. *Escucha Israel, el Señor nuestro Dios, el Señor es Uno*. Es la divisa central del judaísmo (Deut. 6,4).

Esa es la consecuencia de la unión de los dos lados de la vida. Lo que aparece como separado, es Uno.

Está escrito que Moisés no toma alimento durante esos 40 días y noches (Éxodo 34,28), y según la tradición, tampoco duerme. Vive, envuelto por la nube divina. La nube tiene forma, pero ninguna forma fija. De hecho, puede aceptar cualquier forma; significa que en aquel mundo no hay ni camino ni tiempo ni movimiento. Dios habla desde la nube, no se ve ninguna imagen, solo se escucha la voz. Y tampoco en el sentido de un sonido oído en espacio y tiempo, sino más bien se percibe como una sensación en nuestro interior. La tradición dice expresamente que nadie escucha ninguna voz, solo Moisés percibe esta sensación y la comunica en su comportamiento. Allí, en la otra parte de la vida, sí existe la nube y la voz de Dios y allí, Moisés comunica con su voz todo, palabra por palabra, literalmente, y se escucha también así.

Anan, es nube en hebreo. En su raíz contiene el verbo *aná*, contestar. Preguntar es *shoel* 300-6-1-30, y con las mismas letras escribimos *sheol* 300-1-6-30, la región de los muertos, el infierno. Es el mundo de la mayor distancia de Dios. En la cercanía de Dios hay libertad y en la región de los muertos hay entumecimiento total. Esto lleva a la pregunta: ¿para qué, por qué es así? Y justamente eso es *sheol*: solo hay preguntas y no hay respuesta. No hay ninguna respuesta y la posibilidad de escapar es nula.

La rigidez es la causa de las preguntas. No se entiende el sentido del cautiverio en un destino inasumible. La respuesta está en la palabra, en la nube. *Anan*, *aná*, contestar. Una forma, pero ninguna forma fija. Y en esta conexión recordamos a Ananías, en

hebreo *Ananyá*, la nube del Señor o el Señor en la nube. Él revoca la ceguera de Pablo, delante de Damasco.

Estos 40 días son días en el cielo, con Dios. Tienen su correspondencia en los 40 años del camino del cautiverio en Egipto hasta la libertad del otro mundo. En este camino –por 42 estaciones, divididas en 3x14– el ser humano se purifica de toda la impureza adherida del mundo anterior. Puede verse este camino como el purgatorio. Acompaña *erev rav*, traducido como “gran muchedumbre, mucha gente entremezclada”. Se cuenta que salen por haber visto el éxito de Moisés y de Israel. Es decir, porque vale la pena. Pero molestan, porque falta la convicción y la entrega necesaria. Significa que ese *erev rav*, esta mezcla, acompaña al ser humano en el camino. Durante la vida, durante el camino se limpia de estas impurezas. Si se quiere ver este camino como camino de vida o camino por el purgatorio, es lo mismo. Lo uno es la correspondencia de lo otro.

Ahora, la palabra que significa “muerto”, es esa letra *mem*, 40, unida con la última letra del alfabeto hebreo, *tav*, 400. Ese 400 aquí, habla de la cautividad en Egipto. Es el mayor valor y la mayor extensión posible. Es la última letra, después de ella no hay nada. Porque allí es como si hubiese una curvatura y lo concreto vuelve. Es como si existiese un círculo que encierra. El universo está encerrado en esos 400, en tiempo y espacio. Podríamos decir que es la inmensidad, y el ser humano queda encerrado en ella como el pájaro en la red.

La cautividad en Egipto es un cautiverio en el 400. *Mizraim 40-90-200-10-40* en hebreo, tiene la ya conocida terminación *ayim* o *aim*. ¿Es pues un cautiverio en la dualidad? ¿En qué dualidad? preguntarán. Se trata de la dualidad de la noción *Mizr*, que es también una palabra egipcia. Pero en la lengua de la Biblia, del hebreo, *Mizr*, con la raíz *zr*, 90-200, significa sufrimiento y dolor. Y como *gal*, creación de forma, en el sentido de estar encerrado en la forma. Un *yozer* es alguien que da forma, un alfarero, que trabaja con el barro y la tierra. En la tradición, a Dios se le llama *yozer*, 10-90-200, alfarero, y la fase de la creación en la que se crea la forma se llama *yezirá*, 10-90-10-200-5. Habrán visto que siempre se trata de la raíz *zr*, 90-200.

Pensemos también en la curiosa casualidad de que exista un lugar llamado Nazaret, con la misma raíz *zr*; un país llamado *Galil*, Galilea. Son imágenes de la forma, casualidad, diríamos. Pero creo que llegaremos a ver que la casualidad es la sorpresa mayor.

Mizraim, por tanto, nos habla del sufrimiento de vivir en un mundo rígido. Es el exilio en la forma fija. No confundamos ahora Mizraim con un país geográfico existente; el sufrimiento en un mundo rígido se da en todo lugar, en todo país y en todo tiempo.

Se dice del hebreo que sufre en ese cautiverio. La palabra *ever*, hebreo, significa del más allá, del otro lado del río. En la correspondencia, en todos los niveles de la palabra, quiere decir que ese *ever* viene del más allá; de hecho, es el soplo divino en toda persona.

Aquel del más allá sufre en el cautiverio de la forma rígida. Quisiera liberarse, pero no puede, está cautivo. Según las leyes de lo concreto existe solo el círculo que encierra

todo. Se está encerrado y no hay escape posible. Se gime, se sufre, significa que no se soporta una vida en un mundo dominado por la mente lógica y causal. Y al mundo mismo no le gustan esos insatisfechos, intranquilos, inadaptados que no quieren seguir su lógica. Que no ven la asimilación con buenos ojos.

Sin embargo es curioso que a Egipto se le llame *Mizr*, salvo en el hebreo, donde es Mizraim. Porque solo el hebreo, *ese ever*, sabe que hay otro lado, y solo él sufre en Mizraim.

Pero Egipto, Mizraim en la Biblia, no es visto como un país localizable en la geografía, sino más bien es el mundo entero. El mundo en su rigidez, en su forma fija.

Mizraim es una provocación constante. Sería posible arreglarse con las cosas, pero es imposible, aprietan, empujan, molestan. La tradición señala que la masa de los hebreos se siente bastante bien en Mizraim, quieren quedarse y muchos se convierten en personajes importantes. Solo una parte, una quinta parte, la quintaesencia, tiene anhelo de otra cosa y sufre por las limitaciones. ¿Es de extrañar que, según la tradición, la salida de los hebreos de Mizraim, en vida, sea idéntica a la salida del alma del cuerpo? *Yeziat Mizraim, la salida de Egipto, el éxodo de Egipto*, es aplicable tanto a esta salida como a la salida del alma del cuerpo al final de la vida. Pero también el nacimiento, la salida del útero materno, es visto como una correspondencia de esa salida de Mizraim. La imagen de esta visión es un círculo, una rueda, que toca el mundo desde arriba, desde el exterior. Al momento del contacto se le llama el momento del nacimiento. Y al momento en que este círculo, este círculo giratorio abandona el río del tiempo, se le llama morir.

El anhelo de liberación de ese cautiverio es el anhelo de la mujer hacia el hombre. El hombre siente ese anhelo, le atrae. Dios escucha los gemidos de los hebreos en Mizraim. El anhelo intenta romper las barreras. El amor es ese anhelo que busca lo imposible. De hecho, el amor es un asunto imposible. Por ello, quizás ese gran mandamiento, esa poderosa exhortación: *Amarás al Señor tu Dios, de todo tu corazón, de toda tu alma y con todo tu poder* (Deut. 6,5). Y la pregunta de si eres capaz de vivir en la tierra según las normas del cielo, y si eres capaz de amar a tu prójimo –que podría ser tu enemigo– como a ti mismo. Tal actitud hace estallar las normas de la ley y, de hecho, es lo que se espera de ti para poder vivir el mundo de una manera enteramente nueva. Liberado de Egipto, el pasado está muerto, vas por un camino nuevo que te limpiará de todas las impurezas adheridas a tu persona. Ese camino es una décima parte de tus enredos en el destierro de lo concreto, y te lleva al lugar de tu origen, al hogar, a casa. Allí se te abrirá el secreto, allí vives en el matrimonio. Pasas por una segunda frontera. El país, el mundo al que accedes, es el jardín de Edén.

Edén significa “sentirse bien”, “sentir alegría y dicha”. Y *Garten* en alemán, *garden* en inglés, jardín, significa, igual que en otros idiomas, guardar y proteger la dicha en el jardín. Significa: cuida a este mundo de la dicha. Porque esta dicha solo puede conseguirse tras salir del mundo de las leyes. Es el reino del amor. Cuida a ese jardín, impide la irrupción de la *jayá*, del animal salvaje, de la serpiente del pensamiento racional. Del animal salvaje que solo conoce la mente causal. Porque destruirá el jardín. Este mundo debe protegerse igual que se protege a una mujer amada.

El hebreo, Israel es lo masculino; el mundo manifiesto es lo femenino. *Goi 3-6-10* en hebreo es “pueblo” y también “los pueblos del mundo”. Se escribe exactamente igual que *gvi, 3-6-10*, cuerpo. El hebreo en el ser humano, en todo ser humano, es la parte del más allá, en contraposición con ese *gvi. Los pueblos*, lo dice la palabra, son su cuerpo, su manifestación aquí.

Ten cuidado pues, de que lo que tanto aprecias no sea atacado por el pensamiento *solo causal*, comercial. La serpiente busca a la mujer, lo racional busca el mundo de la manifestación. Porque solo allí puede convencer. Y si la mujer está convencida, como lógica consecuencia, el hombre también toma del fruto del árbol, del que Dios dice: *Te regalo todo; únicamente, por amor a Mí, sin que te dé ninguna prueba, no tomes del fruto de ese árbol. Porque quieren demostrarte que comiendo, puedes soltarte de Mí, que podrás dominar el mundo sin Mí, sin relación conmigo. Pero no se trata de dominar el mundo. He creado a este mundo después de 974 intentos fallidos, para que pueda existir una relación, para que no se pregunte una y otra vez ¿por qué?, sino más bien para darse cuenta de que la respuesta está en la relación. La esencia de la vida es la relación amorosa. Si no la tienes, experimentarás el fenómeno de la muerte. El pensamiento tan inteligente, correcto y causal, proveniente del mundo de la lógica, te aportará la convicción irremediable de la muerte. El pensamiento causal que sale del amor, sin embargo, se mostrará como fuente de vida. No rompas la relación conmigo, no dividas la vida en dos partes separadas.*

La voz de Dios en cada ser humano podría sonar así, como cuentan los muchos relatos de la tradición.

La actuación de la mujer es determinante para el hombre. Lo corporal es decisivo. Dios crea a este mundo hasta en su último detalle, hasta la piedra concreta, esperando que el amor irrumpa hasta allí y desde allí. Porque el amor es poderoso, tremendo –...*porque fuerte como la muerte es el amor, duro como el sepulcro el celo...* (Cantar de los Cantares 8,6)–. La mente inteligente no tiene el mando, solo parece que es así si tú no anhelas el secreto de este mundo porque no respetas a la mujer. Piensa: *Dios el Señor* deja que todo tenga un crecimiento y Dios, en su nombre *Elokim*, garantiza la duración del mundo. Pero solo la lluvia, la inclinación del cielo provoca la subida del vapor, *ed 1-4*. El hombre muestra su presencia y sus expectativas de amor que solo comienzan cuando la mujer se anuncia. La relación es lo decisivo, y es por esta razón que el comportamiento del lado femenino es tan sumamente importante para este mundo.

¿No es cierto también que encontramos todas las teorías muy interesantes, pero que, en el fondo, sabemos que solo lo concreto será decisivo? Pensamos que una dicha en el más allá será ciertamente muy elevada, pero contamos con una resurrección en este mundo de aquí. El Mesías no es un buen predicador de teología o de moralidad, el Mesías es un ser humano concreto, por el cual el mundo cambia. Viene de Dios, pero no es del más allá en el sentido de que aquí solo se exprese en sentimientos generales. *Él viene de allí y está aquí.* Él une los dos lados de la vida.

Después de los 40 años del camino, una décima parte de los 400 años de sufrimientos, viene la entrada en el otro mundo. Josué, *Yeh'shúa* en hebreo, conduce al ser humano por esta segunda frontera. Allí está el jardín de Edén, allí se guarda el amor, allí se guarda la dicha del matrimonio de aquí y allá. El compromiso ha dado lugar a la unidad.

Mavet, 40-6-400, la muerte y *met, 40-400*, muerto, indican el final del camino en el mundo de aquí, separado del mundo de allá. En primer lugar, la muerte lleva desde el cautiverio al camino. Luego, andando el camino de regreso al hogar, al mundo del matrimonio. Guarda la unión, cuida de que la mujer no sea infiel. El destino del mundo es la unión con el hombre, con Dios. En la vida, en la correspondencia, no significa únicamente la santidad, es también el conocimiento de la relación deseada desde el más allá, el sentimiento, que el comportamiento en el tiempo sea dirigido por el más allá. Es relativizar el pensamiento causal. Que la mujer sea casta, callada. Eso es válido para el lado femenino en todos los niveles de la vida humana.

Conocerán la imagen de la visión en el inicio del libro de Ezequiel. Es una imagen llamada *merkavá* en la tradición. *Merkavá* significa carro, carruaje. La palabra lo dice, se trata de movimiento. Dios está sentado en su trono y el trono está sobre el carro. Que Dios esté sentado nos habla de paz, de tranquilidad; el carro habla del movimiento. Es la dualidad, en unidad.

Estar sentado, *yoshev*, tiene como raíz la palabra *shav* que, al mismo tiempo, es raíz de la palabra *descansar* y *shabat*: el día del descanso en la vida. Seis días estamos en movimiento y el séptimo día es de descanso. Volver, retornar, tiene también la raíz *shav*. El regreso, darse la vuelta, *teshuvá*, dice lo mismo. Dar la vuelta, volver, es regresar del movimiento a la paz. Como el ciclo de la semana tiene el movimiento y el descanso, igual la visión de Ezequiel: Dios sentado en el trono, la tranquilidad, y el carro en movimiento.

En esta visión se habla también de “seres” llamados *ofanim*, ángeles podríamos decir. Los ángeles, *malakim*, son enviados, mensajeros. Solo de la composición de la frase se sabe si hay que traducir *malak* como ángel o como mensajero. *Malaká* es trabajo. La palabra dice que los ángeles obran aquí la palabra de Dios. La obra, el efecto, son los ángeles. Ellos son la relación entre los mundos, entre el cielo y la tierra; la relación entre lo no-manifiesto y lo manifiesto.

Ofanim, significa “ruedas”. En la correspondencia significan las vueltas, los virajes que se producen en nuestra vida. También el viraje de la vida a la muerte y de la muerte a la vida. Los cambios del día y de la noche, las estaciones del año, las vivencias y fases de la vida. La rueda gira. “Rueda” en hebreo es también *galgal*; como hemos visto ya con *gilgul*, va de forma en forma. También una metamorfosis podría encajar en esta noción. *Ofen, rueda*, es también la nueva situación que el viraje ha provocado o podría provocar.

En la visión de Ezequiel hay muchos *ofanim*. No es una visión concreta, está más cerca de la fantasía que de la así llamada realidad. De hecho, los *ofanim* están unidos con los cuatro seres alrededor del trono y con ellos se levantan y descienden, con ellos se mueven. Están también en la tierra o en grandes alturas sobre la tierra.

La situación concreta de la vida se da allí donde tocan la tierra, donde tocan el flujo de tiempo, lo terrenal, el 400. Es el tiempo de la vida en este mundo, en la dualidad. La rueda contiene toda la vida en su circunferencia, es decir, conoce la vida en el contacto y también más allá de ese contacto. La rueda toca la tierra en un solo punto matemático, según nuestra concepción geométrica. El contacto en sí no tiene duración, la duración, vista desde la matemática, sería igual a cero. La vida sería como un sueño que en un espacio muy corto despliega muchísimas vivencias. Por ello está escrito que la duración de la vida es como una ilusión. La vida está en toda la circunferencia de la rueda y la duración de la vida terrenal es el punto de contacto.

Mediante ese contacto con la materia, viene el contacto con lo que fluye. El río fluye y pasa. Una imagen antigua representa al ser humano en este punto de contacto como la imagen de un árbol reflejada en el agua. Ese reflejo sin embargo es irreal; la vida del ser humano en el río del tiempo, en el fluir del tiempo, no es su verdadera vida. Su verdadera vida está quieta, como el árbol en la orilla del río. Porque el reflejo del árbol es solo la sombra en el tiempo de lo terrenal.

Esta imagen en el agua es esencial. Porque estando allí pierde la visión sobre el conjunto de la vida. La pérdida de la visión la causa el ángel que toca el labio superior del niño al nacer. En verdad, el ser humano conoce toda la vida, pero la conoce solo en su inconsciencia. Y estando separado de la abundancia de la vida eterna puede hacer lo imposible: puede creer, a pesar de todas las pruebas contrarias, puede amar y esperar. Y ese punto de contacto es decisivo para todo lo demás; porque nadie, ni siquiera los ejércitos celestiales pueden creer que eso sea posible. Y porque temen que esa imposibilidad sea posible a pesar de todo, tienen ese celo fuerte, destructivo. Dios espera que el ser humano sea capaz de amar gratis, sin recompensa, sin ni siquiera la probabilidad de ser reconocido. Porque está hecho a imagen y semejanza de Dios, y porque Dios reconoce su propia imagen reflejada, su propia sombra en el flujo del tiempo.

La creación del mundo ha valido la pena solo si el ser humano se siente capaz de hacerlo. Si no fuese así, después de los 974 mundos fallidos, también este mundo de los 26 se tambalearía y tendría que ser anulado. El soplo de Dios, *su neshamá*, sería recogido y el mundo regresaría al caos, al sin sentido. Por tanto, para ello es este contacto, esta estancia en la ilusión del 400. Maya, irrealidad; este mundo es un velo que envuelve y tapa todo, podría decirse.

Calcular y pensar es la misma palabra en hebreo. Quiere decirte que no calcules tanto, no hagas tantos planes, no mires hacia la causalidad, producto de nuestras percepciones. Más bien, reconoce el anhelo y concédele una posibilidad.

El ser humano en el agua. ¿Quién puede sacarle e introducirle en el mundo verdadero? El pescador. En hebreo, *el tsadik*, muchas veces traducido como "justo". La palabra *tsadik* tiene sus raíces en la letra *tsadi*, también "gancho de pescar". *El tsadik*, conocido de los relatos jasídicos, es aquel o aquello que saca al ser humano del cautiverio en el agua, en el tiempo. En la costumbre judía existe *la mikvá*, el baño ritual, que limpia al ser humano. Limpiarse de las impurezas provocadas, en principio, por el encuentro con

la muerte. Mediante la actuación, inconscientemente, se vive la sumersión en el tiempo y la salida del tiempo. El bautismo cristiano es lo mismo, una vivencia inconsciente; de allí que se bautice al niño y no al adulto. Allí es donde el ser humano puede creer, amar y esperar como un niño, allí puede vivirlo; no cuando sabe y cuando es inteligente.

No se puede estar mucho tiempo sumergido; uno se ahogaría. Igual es la sumersión en el tiempo de la vida; es ese breve momento del contacto. Antes y después, la rueda sigue con toda la vida. Pero el contacto en sí es decisivamente importante.

Así se vive el tiempo del 400, el tiempo del cautiverio. Y así termina la serie de las 22 letras, de las consonantes. Las consonantes son lo corporal, son las letras, las señales que podemos ver aquí. Es el espectro de luz visible para nuestro ojo. Después de la última letra *tav*, 400, nada más puede mostrarse. Se ve a esa *tav*, en un jeroglífico antiguo, como una cruz tendida. (x) *Tav* significa "señal". Es la señal del final. El flujo del tiempo lo cruza otra dimensión. Parece que las dos tocan la tierra. Cuando esta señal se levanta, como se muestra en el cristianismo, el final llega y un mundo nuevo se anuncia. El camino en la tierra ha concluido; pero el sepulcro está vacío, el camino no sigue por allí. Después del 400 viene el 500. Y el 500 es el valor que une la paradoja en unidad. Es el valor que habla ahora de la distancia entre el cielo y la tierra. Es también la medida del Monte del Templo, de la habitación de Dios en el mundo. Hasta el 400 puede aún contarse aquí en el sentido de lo concreto. Pero toda imaginación fracasa más allá del 400. Es una sacudida tremenda, una disociación total. Las medidas que siempre han sido válidas dejan de funcionar; nada queda, nada, de verdad. Se puede seguir contando, pero ya no hay señales, no hay nada concreto, nada donde agarrarse.

Está dicho que el mundo, el país, en espacio y tiempo, tiene unas medidas de 400 x 400. Que la habitación de Dios en este mundo tenga 500 x 500, ya de por sí, derriba todos los valores. En la Casa de Dios, las leyes naturales no funcionan. Y el servicio en esta Casa no sigue un orden que la mente humana pueda comprender. Allí todo sucede según la suerte, es decir, a nuestro entender, por casualidad. ¿Dónde queda nuestro sentido de justicia, de esfuerzo y recompensa? El país de Dios, después de la conquista por *Yeh'shúa*, lo distribuye la suerte. Son otras relaciones, mejor dicho, es el abandono de todo lo conocido. Extraño más allá, extraño hogar.

III.

Estando en este mundo, el ser humano tiene todo ese conocimiento en sí. Pero solo el cuerpo es visible. Igual que en el rollo hebreo, solo la consonante es visible. No se muestran ni vocales ni signos de puntuación ni de melodía. Se sabe que están, es un conocimiento interior, pasado de generación en generación. Por ello se dice que las consonantes son correspondencia del cuerpo humano. Las vocales y los signos son aquellos aspectos de la vida humana que no pueden mostrarse. Según la tradición, *no deben mostrarse* en este mundo. De mostrarse, el rollo, el texto sería inválido, *pasul*. Y *pesel*, escrito igual, es una imagen fija, petrificada aquí en tiempo y espacio. Significa que hay aspectos en el ser humano, que *no pueden* mostrarse. La tradición conoce el

valor supremo de la palabra. Dice que las consonantes están de este lado, las vocales y los signos del otro. Igual que el cuerpo aquí tiene el alma enfrente. El alma no puede manifestarse aquí, no *debe* hacerlo. De nuevo estamos ante la paradoja, la dualidad. Un lado se muestra, el otro está oculto.

Las consonantes se corresponden con el cuerpo y también con aquello que visiblemente se percibe como *la multitud de pueblos en la tierra*. Lo que está enfrente de los pueblos, del cuerpo, como lo dice su nombre, es el hebreo *-ever* significa “del más allá, más allá del río”– y a ese hebreo se le llama *Israel* en la Biblia. El nombre Israel surge allí donde Jacob lucha con un ser de otro mundo y se mantiene (Génesis 32). Israel es aquello que está frente a Dios *cara a cara*, como el nombre del lugar donde sucede: *Peniel*. *Paním* es la palabra hebrea de “cara”, y al mismo tiempo de “interior”, *pením*. Significa pues que Israel está en constante comunicación con Dios. De ese Israel nace el Mesías. Se indica muy claramente que nace en el lado que está enfrente del lado manifiesto. Porque el ser humano está hecho a imagen y semejanza de Dios. *Adam* puede leerse como “yo soy semejante”, *aní domé*. Dios le llama Adam y el ser humano se llama a sí mismo Adam.

Los aspectos del ser humano que no son visibles, el otro lado de su vida, pertenecen a la región de Israel, la región del hebreo, de aquel que viene del más allá. La lengua hebrea viene también del más allá, y está frente a todas las demás lenguas. Si en el ser humano surge aquello que la Biblia cuenta de Israel, *que quieren ser como los pueblos alrededor*, aquello del más allá deja de ser del más allá. Dios retira su habitación de ese ser humano. Intentemos reconocer ese mismo dibujo en todos los niveles y aspectos del mundo. El sello de Dios acuña a todos los nombres. Se llama *ha-Shem*, el Nombre.

Las vocales son conocidas como las 12 tribus de Israel, distribuidas en cuatro campamentos, asentadas en las cuatro direcciones del viento (Números 2) durante los 40 años de camino por el desierto. Se conocen también las cuatro posibilidades de manifestación, los cuatro elementos, los cuatro fundamentos, en el mismo orden. (Vean el libro *Wunder der Zeichen, Wunder der Sprache*, del mismo autor).

Significa que las vocales son correspondencias del ámbito de *ruaj*, y *ruaj* se suele traducir como “espíritu”. Pero significa también “viento” y “dirección”. *Ruaj* une, favorece las relaciones. El espíritu en este sentido, une. A los ángeles, por ejemplo, también se les llama *rujot* (plural de *ruaj*). Su trabajo es unir. Pero la unión es solo unión si traspasa las fronteras de la ley normal, es decir, si une el aquí con el allá.

Las vocales unen las consonantes en la construcción de la palabra. Cada letra estaría sola y perdida si las vocales no las juntaran en una palabra viva por el sonido. Las consonantes solas son como cuerpos muertos. En el judaísmo existe la costumbre de enterrar en un pequeño cofre, como cuerpos humanos, en el cementerio, libros o rollos viejos, que ya no se usan, impresos o escritos con esas consonantes. Porque estas letras se corresponden con los cuerpos. Según diferentes comunicaciones, las letras se atribuyen también a los distintos órganos o partes del cuerpo humano.

El cuerpo muerto recibe el soplo de vida mediante las vocales. Así el cuerpo se convierte en una *nefesh jayá*, un alma viva. La *nefesh* es pues el efecto de algo proveniente del más allá del ser humano. La *nefesh con el guf o gvi*, es decir, el alma con el cuerpo, constituye pues un cuerpo vivo.

Pero seguimos sin poder leer una frase. Las palabras buscan un sentido por su lugar de colocación, su posición en el conjunto. Para una buena lectura se necesitan signos de puntuación, de entonación, la melodía. Es la melodía la que da sentido al conjunto de las palabras, sin ella ninguna frase puede leerse. Pero los signos de puntuación no figuran en el rollo, quedan en el más allá, pertenecen como la melodía al ámbito del más allá.

Ahora, la habitación de Dios en el campamento está en el centro. Es el núcleo del núcleo, la ocultación en la ocultación. Alrededor de la habitación se agrupan cuatro campamentos en las cuatro direcciones. Son los campamentos de los Levitas (Números 3). Y el trabajo de los levitas en la Habitación de Dios es cantar. El acercamiento a Dios tiene lugar mediante sus cánticos y el sonido de sus instrumentos musicales. Acercarse a Dios con su existencia, con el cuerpo, se llama *korban* en hebreo. Se suele traducir esta palabra con “sacrificio”, pero no se hace justicia al significado verdadero de la palabra. *Korban como tal significa acercarse*. Es la expresión de un anhelo. En la correspondencia en nuestra vida significa relacionar todo, toda situación y todo suceso con Dios. Es el anhelo inconsciente, consecuencia del comportamiento, de esperar una respuesta. Anhelamos por así decir una “nube” que nos libere de las rigideces. La forma no debe atar, más bien por su flexibilidad, ofrecer la liberación, la alegría de la libertad, la alegría de eso y aquello, de la gracia, de la desenvoltura. Esa sería la voz de Dios desde la nube en nuestra vida. La respuesta que viene como sorpresa. Todas las sorpresas están en Dios, el Monte de Dios, el Monte de su Habitación las conoce todas. La sorpresa es que la ley rígida –en el otro lado– es la libertad completa. Y que las dos son unidad, por muy incomprensible que sea.

Podemos reencontrarnos con estas reflexiones en la lengua misma. En hebreo, *har* es “monte” o “montaña”. Pero *har* es raíz de la palabra *hará*, “concebir” y “quedar encinta” y *herayon*, “embarazo” y “gestación”. La montaña oculta un secreto y el fruto que vendrá. Y la palabra “rápido” “pronto” es *maher*, también con la raíz *har*, 5-200, *h-r*. Viene rápido porque la chispa divina ya está en ella.

En el *korban*, el ser humano muestra su anhelo hacia ese lado de enfrente. Dios está frente al ser humano: al final encuentra a Dios, como sorpresa, estando enfrente. Es ese *Tat Tvam Asi, Tú eres Eso*, de la tradición hindú. La tradición dice que el *korban* es aportado con los cánticos de los levitas. Es el núcleo de nuestro hablar, que sería incomprensible sin entonación.

Ahora, la melodía tiene su origen en la *neshamá*. Muchas veces se traduce también como alma, pero en realidad se trata del aliento de Dios. *Formó pues el Señor Dios al hombre del polvo de la tierra y alentó en su nariz soplo de vida* (Génesis 2,7). El ser humano es más que una *nefesh jayá*; es portador de la vida divina. Con ello él mismo es divino, y la *neshamá* es la señal de la divinidad del ser humano.

Ruaj es el intermediario entre *la nefesh*, llamada también el alma corporal, y *la neshamá*, el alma divina. *Ruaj* es el mensajero, igual que la paloma, *la yoná*.

La vida del ser humano en el lado del más allá tiene los aspectos *nefesh*, *ruaj* y *neshamá*. *Ruaj* en el cuerpo despierta a *la nefesh*, *ruaj* con *la neshamá* une al hombre con Dios.

Las imágenes de la noción Israel en la Biblia muestran las 12 tribus en su confrontación con los pueblos, es decir, el espíritu en confrontación con el cuerpo. Son los tres grupos de levitas con el cuarto grupo: Moisés, Aarón y sus hijos, asentados alrededor de la Habitación de Dios en las cuatro direcciones. Gershon en el oeste; Kehat en el sur, Merari en el norte y Moisés y Aarón en el este.

La dirección viene del centro. El tono, la disposición es esencial. Luego siguen las 12 tribus. *Ruaj*, dirigido desde el centro, pasa al cuerpo y la *nefesh* despierta a la vida.

El korban con planta o animal viene de la esfera del cuerpo e Israel lo acerca por sus 12 partes, sus 12 tribus, a la Habitación de Dios. Realmente sería mejor traducir la palabra "tribu" como "rama". Son las sensaciones y sentimientos corporales que se manifiestan en *la nefesh*, que tienen anhelo de la voz del centro, de la nube, de una respuesta.

Esos son los acontecimientos en el más allá de la vida, como percepción del ser humano, como la tradición judía lo cuenta desde siempre, en todos los mundos y tiempos. Vemos que el lazo de unión entre la vida de allá y la vida de aquí es el *korban*, ese anhelo, ese acercamiento a Dios de la existencia corporal humana. Como Dios le sopla su aliento al hombre y como le eleva a la categoría de Hijo de Dios. El *korban* es el aliento humano que Dios recoge como buen olor, buena fragancia. *Reaj nijoaj* en hebreo.

Ese aliento es una expresión de amor de los dos lados. El ser humano inhala en primer lugar. Igual que la lluvia cae del cielo, es el despertar de la relación. Luego el *korban*, igual que el vapor *ed 1-4*, *álef-dalet*, sube de la tierra anhelando a Dios. Este mundo subsiste por el amor y está fundado en él. Buscar y encontrar una relación es el fundamento de la vida y nos señala su sentido. Calcular y medir solo lleva a la destrucción de la vida, en el sentido de los 974 mundos, porque falta la relación entre los dos lados.

El camino dura 40 años. Ese camino queda decidido ya en la vida de allá del ser humano. Es la *mem-40*, la vida en el tiempo. Si el ser humano carece de anhelo, si no hay nada que le atraiga en el otro lado, y si no llega a romper las limitaciones impuestas, pertenece a las cuatro partes de hebreos que se quedan en Mizraim. Su vida pertenece al 400, es un prisionero. El río de Mizraim fluye según las normas, según la ley. La ley existe, no puede hacerse nada ni a favor ni en contra, se vive una vida "normal". Se utiliza la ley para construir una vida ordenada. Y se teme a los hebreos y se les tiene un odio descomunal. Es el miedo y el odio a las posibilidades de su propio más allá.

Esta actitud se expresa en primer lugar en la vida diaria. Se proyectan los males propios a los demás. Para esos seres humanos o, mejor dicho, para ese aspecto de cada persona,

viene el camino de los 40 años, viene la limpieza, *después* del tiempo de contacto de la rueda con el mundo. En ese caso, los 40 años comienzan *después de terminar ese contacto con el tiempo de aquí*.

Esos 40 años no pueden medirse con nuestras medidas mundanas. De ese camino por el desierto está escrito que ni los zapatos ni los vestidos envejecen (Deut. 8,4). El tiempo no consume a sus hijos. Está dicho que el viento del norte no sopla. El viento del norte es el lado del cuerpo. El cuerpo, como lo conocemos, tiene en estos 40 años otra existencia. Es curioso que la palabra “desierto”, *midbar*, pueda leerse también como *medaber*, hablar. Ese camino es la conversación del ser humano con Dios y de Dios con el ser humano. ¿No está escrito una y otra vez en los cuatro libros de Moisés donde se habla del camino en el desierto: *vayidaber* y *Él habló*? Dios habla y pide que se siga hablando y conversando.

Tengámoslo presente.

En ese camino de los 40 años hay 42 lugares de descanso. Se levanta la Casa de Dios cada vez que el camino se detiene. Y si sigue, la Casa se desmonta y sus partes se entregan a los levitas para su transporte. El ser humano, en su aspecto de Leví, lleva consigo en su vida las partes, muchas, muchísimas partes de la Casa. Las lleva en sus conversaciones; en el silencio, en la tranquilidad está la Casa levantada. El carro de la visión de Ezequiel está en movimiento; Dios descansa en su trono.

Morir, la muerte, es el final del camino en el sentido del 40 y del 400, el final del contacto de la rueda con la materia concreta. *La vida entera*, sin embargo, es la duración del toque de la rueda –aunque la “duración” sea una ilusión– además de toda la circunferencia de la rueda. La vida es esa dualidad, es el contacto y más allá del contacto, en las partes restantes de la rueda. Aunque en verdad, el mundo de aquí es solo ese punto matemático de contacto, es decir, cero. ¡Qué son mil años, comparado con la eternidad!

La vida eterna no comienza después de la muerte, está siempre. Sin embargo, la vida en el tiempo, en el tiempo terrenal de 40 y 400, es únicamente ese punto de contacto. Si solo tenemos eso, es verdaderamente *un Ser para la muerte*. En ese caso se trata de cumplir los años, cumplir ese 40 y 400, contado en medidas del más allá. Aquí pueden ser dos años, u ochenta o ciento diez. En todos los casos estamos ante la muerte, *mavet*. *Mavet es 40-6-400*, o 40 y 400. La letra *vav-6* es un gancho que une los dos lados. La palabra “y” se indicada siempre con esa *vav-6*. La muerte por tanto es la unión del 40 del camino y del 400 del cautiverio de Mizraim. Es el final de los dos caminos en la tierra. Si después viene el camino por el desierto y la conversación con Dios como limpieza –o no– no tiene ya nada que ver con la vida aquí.

Aquí en este mundo era posible actuar sin contrapartida, creer, amar y esperar sin conocer el resultado o las consecuencias del acto. Tan pronto como la rueda deja el contacto con la tierra, esta posibilidad se esfuma definitivamente. Pero lo mismo existe en la vida eterna de forma diferente, quizás mucho más intensamente. Pero repetamos: solo aquí existe la separación, solo aquí existe la dualidad. ¿Qué sucede ahora en la muerte? Estar muerto, *met 40-400*, es el final del camino, del camino del cuerpo. ¿Qué

sucede ahora con *nefesh, ruaj y neshamá*? Porque no están sometidos al flujo del tiempo. ¿Pueden seguir viviendo sin el cuerpo? ¿Y qué sucede con el cuerpo? ¿Qué es el significado del entierro? ¿Qué es ese *tejiyat-ha-metim*, la vuelta a la vida de los muertos?

Si alguien se muere en la Biblia se utiliza el término *ser recogido con sus padres, o ser recogido con sus pueblos*. Pero llama la atención que la Biblia no habla nunca de una vida en el más allá, de una vida en el cielo, nada de una vida después de la muerte. Debemos reflexionar, después de las disertaciones anteriores sobre la muerte y la vida en general. Hay muchas comunicaciones de la tradición y de las costumbres en este sentido. Porque se trata de un asunto de extrema importancia para cada uno de nosotros. ¿Cómo nos enfrentamos con el morir y la muerte?

IV.

Hemos hablado ya de la masa hereditaria en conexión con el principio de lo masculino. Lo masculino en el ser humano es la vida interior, tapada, envuelta por su lado exterior. *La mujer rodea al varón*, está escrito en Jeremías 31,21. Ese interior, *sakar* en hebreo, la misma palabra que “recordar”, “acordarse”, lo dice ya: es el recuerdo. La masa hereditaria muestra que ese recuerdo es ilimitado. Tiene muy poco que ver con nuestros esfuerzos para ejercer la memoria. Parece que existe un registro de vivencias, pensamientos, fantasías, deseos y sueños independiente de nuestra voluntad, podríamos decir que es como un ordenador increíblemente potente. Ese interior, ese lado masculino, es la presencia del más allá en el ser humano, y por tanto pertenece a la región de *nefesh, ruaj y neshamá*. En el cuerpo del ser humano, la mayor parte está localizada en el cerebro. En el caso de una muerte cerebral no significa que el recuerdo, lo masculino, se borre sin más. Simplemente es que no tiene ya relación con el cuerpo.

Los genes del cuerpo de los seres humanos, los animales y las plantas llevan los recuerdos de todas las generaciones precedentes. Y puesto que esos 40 años de limpieza no están sometidos a nuestra noción de tiempo, *no existe ni antes ni después en la Biblia*. Eso significa que lo masculino, el recuerdo, no es limitado ni dañado por ninguna “duración”. Todo ser humano, todo ser viviente que muestra un crecimiento –un camino– tiene un registro inconsciente, incluso involuntario, de todo lo que sucede en su vida. Lo que sucede en su propia vida y en el mundo. De los fenómenos de la parapsicología y de la telepatía sabemos que tiempo y lugar funcionan allí de manera diferente. En el sueño vivimos este mismo fenómeno, un mundo irrespetuoso con nuestra tiempo y espacio.

Durante el contacto de la rueda con este mundo se registran todos los sucesos de la vida particular y del mundo. Sucesos cercanos y lejanos, como si el ser humano fuese capaz de levantarse por encima del flujo del tiempo. La imagen del *ofen*, de la rueda, lo demuestra sin más. No es la única imagen existente en este sentido, solo la usamos aquí como ilustración. La circunferencia de la rueda, excepto el punto de contacto, nos dice que la rueda entera no tiene nada que ver con el tiempo y el espacio como nosotros los

percibimos. Allí en la circunferencia de la rueda, en la parte masculina de nuestra vida, las limitaciones impuestas al punto de contacto no tienen validez. Significaría que el ser humano, también en su masa hereditaria, igual que en el cuerpo físico, es una unidad con la vida en todos los tiempos y lugares donde esta vida fue, es o será. Si el ser humano muere, la expresión de esta eternidad queda borrada en el cuerpo físico. El cuerpo y todo lo asociado a él pierden la cualidad de lo manifestado aquí. La rueda gira, se aparta, como lo dice la noción *ofen* en hebreo. Todo lo expresado en los genes, las vivencias de *nefesh*, *ruaj* y *neshamá*, se apartan con la rueda y siguen existiendo. El punto de contacto desaparece. Nuestras posibilidades de visión, nuestro espectro de visión no permite que podamos seguir viendo aquello que, a pesar de todo, quizás sigue estando. Sabemos sobradamente que nuestra percepción es muy limitada, que solo percibimos una pequeña gama de las frecuencias del espectro electromagnético.

Si una persona muere, si aquí en la vida ha cumplido los 40 y 400, la salida del 400 de Mizraim y los 40 años del camino, su rueda entra en una región donde nuestra percepción consciente de tiempo y espacio no llega. Igual que la incapacidad nuestra de percibir a *nefesh*, *ruaj* y *neshamá* aquí en el mundo. Solo podemos constatar las consecuencias de su presencia en tiempo y espacio. Y ese es el esfuerzo de todas las ciencias, ya sean la sociología, la investigación de la conducta humana, psicología, teología o filosofía.

En la muerte del ser humano lo masculino sigue viviendo sin ninguna relación comprobable con el mundo de las manifestaciones. Aunque debe de haber relación, lo deducimos del hecho de que la rueda lleva consigo la experiencia del contacto con el mundo material. El ser humano quisiera –como toda la creación– manifestarse aquí y quedarse aquí, pero la verdad es que llega, permanece un tiempo y se va. Y a pesar de todo, espera poder volver. La idea de la resurrección tiene raíces profundas en muchas personas, en muchas culturas.

Pero en la tradición judía se dice que *la nefesh*, es decir, la relación de *ruaj* con el cuerpo físico, *sea atada en el hatillo de la vida*. Esta expresión tiene su origen en palabras de Abigail en su encuentro con David (I Samuel 25,29). Las condiciones de dualidad que encontramos en el mundo se deben a que el regalo de la vida está constituido así. Existiendo esta dualidad aquí, podemos regalar, aceptar, amar y creer. Por ello se hizo la creación. Son los 26 que convierten a los 974 en 1000, en unidad. Pero esta dualidad solo existe aquí. Solo aquí tiene sentido. El ser humano piensa muchas veces que él haría un mundo mucho mejor y mucho más hermoso. Sin darse cuenta del sinsentido de un mundo sin esa posibilidad del regalo, del amor y de la fe. En un mundo en el que todo es bueno y bonito, donde todo funciona según un plan y un programa. Quizás tengamos ya una idea de semejante catástrofe, al acercarnos al perfecto estado del bienestar. El ser humano no lo quiere así, no lo soporta. Aunque su razón lo aprecia y mucho. Su razón, sí, pero ¿qué pasa si se daña el alma en el proceso? Y el alma espera otra cosa en su confrontación con el tiempo y el espacio.

Significa que la dualidad solo tiene sentido aquí. Las maneras y la cualidad de la *nefesh* muestran, al aceptar y conservarlo todo, que la separación en el más allá no existe. Quedamos asombrados por tales fenómenos, porque registrándolo todo, trabaja de

forma similar a un ordenador. La nefesh tiene su propia individualidad en este mundo. Pero soltado de este mundo entra en un “lugar” totalmente diferente, donde no hay separación. Aquí medimos el espacio de forma cuantitativa, allí enfrente el espacio es una cualidad. Uno de los nombres de Dios es *makom*, que significa simplemente *lugar*. ¿Será en el sentido nuestro de espacio? No. Quizás signifique que Dios como *makom* es la fuente del espacio en general y que el mundo es el lugar de Dios, tal como dice la tradición que Dios es el espacio del mundo. El espacio *revaj*, 200-6-8, escrito como *ruaj* 200-6-8, une. Aquí sin embargo en el fluir del tiempo, también separa. Está siempre en medio.

Ese ser recogido con los padres y ese estar atado en el hatillo de la vida significa simplemente que las separaciones y las dualidades de aquí no existen allí. Allí se está unido con todo lo que ha sido, es y será. Lo que molesta o limita nuestra individualidad no existe allí, porque allí hay eternidad, lo que significa que todas las posibilidades pueden cumplirse. Allí no existe o-eso-o-aquello del mundo de Mizraim ni tampoco del mundo del camino por el desierto con sus 42 estaciones.

En el judaísmo existe la costumbre de grabar las iniciales t, n, z, b, h en la lápida del difunto. Son las iniciales de las palabras dichas por Abigail. Es algo muy terrible ver el muerto, el cadáver en el ataúd, esa despedida definitiva, el miedo a ser olvidado, la soledad temida, lo incomprensible del descanso en paz, del sueño eterno en el sepulcro. *Es imposible* comprenderlo en el fluir del tiempo; se siente y se vive esa descomposición del ser. Frente a esos temores está la gran comunidad en la cual toda nefesh está atada, conservando su individualidad y, al mismo tiempo, estando junta con todas, sí, con todas las demás *nefashot*. En el hatillo de la vida. Vida, *jayim*, como la palabra lo dice, es una expresión de dualidad, pero ahora ya no separada en vida aquí o allá, en vida consciente o inconsciente, en ayer u hoy, hoy o mañana. La vida ahora es esa nefesh, esa personalidad, con todo lo que le pertenece, todas sus experiencias y también todos sus secretos –que están guardados está escrito, también allí están guardados– unida ahora en un hatillo con todas las demás *nefashot*. Ahora sabe lo que los abuelos han vivido, todo encuentro deseado está cumplido, todo está. Y acompaña todo lo de la vida terrenal. Nefesh se asocia al cuerpo, tiene la potencia para la manifestación y la vida terrenales. Allí es libre y está en comunicación con todo lo demás. Es la vida en el aquí, en un aquí enteramente libre y una vida en el allá. Recogido con los padres, con todo aquello que se ha vivido, se vive y se vivirá. Es el hatillo de la vida, la comunidad perfecta.

¿Y qué significa ser recogido con sus pueblos? Esta expresión no es simplemente una variante de ser recogido con los padres.

La creación, como se cuenta en el libro de Génesis, está hecha por *Elokim*, el creador de la ley. Las leyes de la creación, de la naturaleza, los fundamentos de la existencia del mundo. Estas leyes, además de sus repercusiones prácticas, tienen secretos. Se muestran abordables y medibles en cuanto a cantidad, pero en su lado de cualidad, son prácticamente inconcebibles. La gravitación: el mundo atrae hacia abajo, quiere manifestarse hasta en su última capa. Se trata del atractivo de este mundo. La explosión del universo y, enfrente, su encogimiento, sentir el inhalar y exhalar, sentir esa paradoja que está instalada en todo. Es el lado del Padre, poderoso, omnipotente, omnipresente,

lleno de secretos. La dureza, la maldad, la crueldad de la naturaleza, sacrificando la individualidad para el mantenimiento del conjunto, es un secreto. Frío y gran calor, espacios inmensos, tiempos inabordables. Perderse en esas infinidades frías y calientes que niegan toda vida. Los secretos del Padre. Nos dirigimos a Él como *nuestro Padre, nuestro Rey*.

Esa es nuestra procedencia, que parece arbitraria y caprichosa; de allí vienen las cosas dadas. Alguno tiene una cara amable, otro una joroba, el tercero nace como bosquimano, el cuarto como hijo de un almirante. Solo queda aceptar, son las premisas de toda existencia. Se nace en algún lugar y hay que aceptarlo. Ese es el conjunto de la masa hereditaria, los genes, los cromosomas, las vivencias de los padres que acompañan, *esa es la nefesh*.

En el segundo capítulo de Génesis Dios se muestra en su aspecto de *ha-Shem*, y allí comienza el mundo de las relaciones. Es Su lado de bondad, misericordia, amor. Es el lado que se preocupa por el mundo. *El espíritu de Dios se movía sobre las aguas* (Génesis 1,2). Se interpretan estas palabras como *el espíritu de Dios se preocupa por el mundo*. Un relato de la tradición dice que esa preocupación del espíritu de Dios es el Mesías. Y justamente allí donde percibimos a Dios como *Señor, como Adonay, como ha-Shem del tetragrama*, justamente allí surge la preocupación. Viene del hecho de que nada puede crecer, que no hay lluvia. Pero sube el vapor y la relación puede comenzar. Más tarde Dios dice: *por amor a Mí, no tomes de esa única cosa*, pero el ser humano va de inmediato y la toma a pesar de todo. Surgen tensiones, casi ruptura, pero la relación está y permanece. A través de todos los tiempos y todos los mundos. -Esperémoslo-

Con la lluvia, viene el otro lado, el lado de la madre, lo femenino. Ahora puede suceder. El fruto del milagro puede darse. Es el aspecto de Dios de *rajum*, misericordia, y de *rejem*, matriz, escrito exactamente igual. Aquí está la búsqueda de relaciones y el fruto de esas relaciones. Porque *rajum*, misericordia, es al mismo tiempo *rejem*, matriz. La mujer busca la relación, siente que existe la unidad, a pesar de la imagen de disgregación mostrada. El niño mismo, que viene por la relación con el hombre, muestra ya la unidad.

Encontramos las raíces del mundo de las relaciones aquí, en el lado femenino de la creación. Se habla en el camino. *Midbar*, desierto, y *medaber*, hablar, van juntos. En la travesía del desierto, Miryam (Miriam) juega un papel muy importante. Por ella está la fuente, la fuente de agua y del tiempo supra natural para el camino de los 40 años. Es el hablar en el camino, la lengua *materna* y la patria, país del *padre*. El camino con la gran multitud de seres humanos. Los 600.000 hijos de Israel, los hebreos. Son también las 600.000 letras con las cuales Dios escribe la Torá y la Biblia. Los muchos, buscando la unidad, el amor, la relación, el sentido de la vida aquí. Alegría y decepción, dicha y desesperación; todo vive, busca, todo se mueve.

Así las cosas, toda persona tiene su pueblo, su comunidad, su mundo. Una comunidad de personas en el hebreo, es un *olam*. Al mismo tiempo es un mundo en sentido terrenal y un mundo en el sentido de eternidad. Se habla de *me-olam ad olam*, de eternidad en eternidad.

Pero no se mide el tiempo como en la astronomía, aquí se trata de un tiempo supra natural. Porque sabemos que los 40 días de Moisés con Dios, en la nube, en el monte Sinaí son una eternidad per se. Moisés, con Dios y los ángeles constituyen un *olam*, un mundo, una comunidad. Sin comer ni beber, sin movimiento en el sentido terrenal. Dios le relata a Moisés en esos 40 días y noches todo, toda la Torá. No solamente en su forma escrita, fija, sino también toda la Torá hablada, de la cual no puede decirse cuándo comienza en el tiempo del mundo y cuándo termina. Se sigue diciendo si se cuenta algo maravilloso de la Torá o de la vida, *que es de Moisés en el Sinaí*.

Los 40 años del camino son aún otro tiempo. Pero de nuevo incomparable con el tiempo lineal del mundo. Tampoco los 400 años en Mizraim pueden contarse con medidas terrenales. Los 400 años, en el sentido del tiempo astronómico, son infinitos.

Es decir, cada uno vive en una comunidad donde busca y encuentra relaciones, o no. En todo caso, pertenece allí. Todo el mundo tiene su comunidad en el tiempo. Lo sucedido allí entra en la eternidad.

Todas las relaciones establecidas –duraderas o pasajeras– son “sus pueblos”. No se habla de “su pueblo”, no; se dice expresamente “sus pueblos”. Porque son las muchas relaciones, las muchas comunidades que se han encontrado en la vida.

Por supuesto que ese dualismo del ser humano es la causa de su conversación con Dios. Es la pregunta continua ¿debe seguir al padre o a la madre? Muchas veces el ser humano, en la dinámica de su vida, escoge a la madre, y quisiera borrar todas estas cosas dadas, la procedencia, la tradición, las costumbres, los recuerdos. Él mismo quiere hacer y actuar, planificar y construir su propio mundo. Hay aquí algo del complejo llamado de Edipo. Es la pregunta también de hasta donde hay que aceptar la religión y hasta donde hay que participar en su vida. El judaísmo es una religión muy típica del padre, del Padre en el cielo, invisible, innombrable. Sigue fielmente al padre, en contra de todas las oposiciones del mundo manifiesto.

La nefesh retiene los hechos y la neshamá decide sobre las relaciones. La neshamá, como hemos visto, aparece en el segundo relato de la creación, allí donde *ha-Shem Elokim* se anuncia. Está dicho que se pedirán cuentas a la neshamá, al soplo divino, es responsable de sus actos y sus relaciones. ¿Cómo eran tus relaciones, cómo has entendido este mundo de tiempo y espacio? ¿Te has entregado, como Dios lo hace en la creación, cada día? ¿Como *la shekiná* que acompaña y acepta todo de este mundo, amorosamente? ¿Has dejado que te embauquen o has sido modesta, casta, sin egoísmo, atribuyéndolo todo al cielo y a la tierra? ¿Has sentido que tu vida en el mundo, en el mundo del amor, es tan importante como toda la creación? Esas son las preguntas que podrían formularse a la neshamá.

Todo matrimonio es un milagro igual que la creación, y un matrimonio que se destruye es como la devastación de la Casa de Dios en este mundo. El matrimonio es la relación entre el hombre y la mujer, entre el cielo y la tierra, la relación entre los dos lados de la vida. Rendir cuentas es contar y revisar las relaciones habidas.

Y *ruaj*, el espíritu, viene y va entre el cuerpo físico, la nefesh y la neshamá. El espíritu busca y, como el viento, va unas veces hacia aquí, otras hacia allá.

Todo eso ocurre en la parte del más allá de la vida. También durante el tiempo en que la rueda está en contacto con la tierra. Ese más allá del ser humano es eterno, no depende de la vida en el mundo, del tiempo astronómico ni del espacio infinito.

Sin embargo, ese más allá tiene gran dependencia de *la cualidad de la vida* que se desarrolla en tiempo y espacio. ¿No crea Dios al mundo por causa del amor? ¿Y no es este mundo, este mundo pequeño en este universo inmenso, el lugar donde puede ejercerse el amor sin conocimiento previo del resultado, donde se puede creer, aun con todas las pruebas en contra? La neshamá tendrá que rendir cuenta de esos hechos. La nefesh actúa, está, está disponible pero no tiene responsabilidad en este sentido. La vida auténtica, tu verdadera personalidad es la neshamá. Estás hecho a imagen y semejanza de Dios en la neshamá. Nefesh contiene toda la vida, de no ser así, no podrías aparecer aquí como entidad viva y desarrollándote en el tiempo.

Todo, la rueda entera –recuerden que es solo una imagen que utilizo–, toda la creación, todo depende del ser humano, de si es capaz de vivir la grandiosa aventura del amor con Dios y su palabra. Si es capaz de mantener aquí las cualidades divinas, de darse cuenta de la dualidad existente y mantenerse firme.

Entre la neshamá y la nefesh –las dos palabras traducidas como “alma”– está la confrontación. Las consecuencias son decisivas para la vida en el más allá. ¿Son unidad, como *el Señor Dios*? ¿Los dos lados de Dios? ¿O quizás va cada una por sus propios caminos?

Neshamá está representada en la Biblia por los levitas, los sacerdotes, la melodía. La nefesh por las doce tribus de Israel, todo el zodíaco, todas las estrellas del cielo, es decir, los acontecimientos relacionados con el tiempo mundano. Allí, en el más allá, está Yehudá con David y el hijo de David. Enfrente está Josef con Efrayim y Yeh’shúa de Efrayim. ¿Hay división? ¿Es verdad que Yehudá no toma las relaciones con el cuerpo, con el mundo manifiesto, muy en serio? ¿Vende a Josef? Lo hace, pero se arrepiente y recupera la unidad. El cuerpo es decisivo para la unidad entre Yehudá y Josef.

No es por nada que Ezequiel (Cap. 37) relacione el *tejiyat-ha-metim*, la vuelta a la vida de los muertos, con la unión entre Yehudá y Josef. Sin ese cuerpo que aquí posibilita el amor, la fe, la fidelidad –o todo lo contrario–, sin ese cuerpo, la vida y el mundo carecen de sentido. La vuelta a la vida de los muertos depende de la unión entre el lado del cuerpo y el de la neshamá. El mundo y todos los acontecimientos están hechos para que suceda. No es por “nada”, no es por capricho que la rueda toque esta tierra, propiciando con ello la vida de cada individualidad en este mundo.

El sepulcro es importante y el recuerdo de los muertos también. Se muere para que haya resurrección. Se llega al mundo de la ley para poder amar, creer y esperar. Se llega a este mundo de las leyes naturales, con sus muchos aspectos muy feos, y se es capaz de lograrlo a pesar de todo.

El muerto participa de la vida de los seres humanos en este mundo de aquí. También para ese fin está la masa hereditaria siempre en el mundo. No solo en sentido biológico, la tradición dice que los maestros siguen viviendo en los hijos, es decir en los alumnos, más intensamente aún que los padres. La noción del maestro ¿no es muy flexible? Un buen libro, algunas veces, puede ser un gran maestro; también algunas palabras que se escuchan en la radio o en una conversación, pueden serlo. Breves encuentros, incluso tal vez alguna ofensa, pueden ser buenos maestros. Como se dice, no está únicamente el lado paterno, también está el lado materno, es decir, las relaciones. Todo ello está representado en la masa hereditaria.

En la tradición judía no se conoce únicamente el nombre del padre en la lápida, sino también... *y el nombre de la madre es...* y sigue el nombre de pila de la madre.

De esta manera, todo fallecido, por las relaciones mantenidas en su vida, está unido con el desarrollo ulterior del mundo. Los vivos en el mundo no lo saben, es imposible saberlo conscientemente. Pero el muerto está unido con muchas cosas del mundo y de los seres humanos.

V.

Intentemos acercarnos ahora a la vida en nuestro lado del más allá. Lo haremos mediante las diferentes comunicaciones de la tradición judía y las reflexiones sobre las conexiones encontradas en las palabras hebreas. Por una parte sabemos que es imposible hacerse una imagen sobre el más allá, justamente porque se trata del más allá, que no es perceptible con nuestros sentidos. Por otra parte podemos, no obstante, acercarnos un poco, porque nuestro más allá conforma también nuestra vida diaria. Por así decir, es una especie de sombra del más allá.

La vida en el cielo, en el jardín de Edén, contiene los dos lados de la vida en armonía, en unidad. Lo explicaremos con el siguiente ejemplo: la primera letra del alfabeto hebreo es la *álef*, una consonante que no tiene sonido. La letra álef expresa la armonía de los dos lados y como tal es un reflejo de arriba y de abajo. Puede decirse sin más que toda dualidad está representada en esta letra. Esta letra calla, porque tal dualidad es imaginable, pero nunca articulable aquí.

La vida dual en *shamayim*, cielo, significa que el mundo de tiempo y espacio está presente allí. La ciudad de aquí abajo está también arriba. De hecho, la álef tiene una pequeña *yod* abajo y como reflejo, una pequeña *yod* arriba. Se dice lo mismo de la ciudad de Dios, Jerusalén, en hebreo *Yerushalayim*. Notaremos de inmediato la terminación *ayim*, que indica dualidad. Se habla a menudo de un Jerusalén celestial y otro terrenal, de un Templo celestial y otro terrenal. Las palabras tienen un sentido terrenal y, al mismo tiempo, tienen una correspondencia válida en el más allá. Nos hemos topado ya con varias de estas palabras.

Lo que está aquí está también allí; solo que allí *es del todo diferente*. Pensemos en los 40 días de Moisés en el Sinaí y en los 40 años del camino por el desierto. Aquí se envejece, aquí comemos y bebemos; allí, sin embargo, la cautividad, esa atadura a la forma fija que aprieta y causa necesidades, no existe. Allí la respuesta es *anan*, nube, libertad. Se intenta expresar algo de todo ello con la imagen de un ficticio país de Jauja. Después de entrar en el país prometido, se *vive en casas llenas de todo bien, que tú no henchiste, y cisternas cavadas que tú no cavaste, viñas y olivares que no plantaste* (Deut. 6,11).

Lo que aquí solo puede ser sueño o anhelo, allí está cumplido. Puede mantenerse una comunidad con varias personas, sin que haya ni envidia ni celos. Todo está, los medios de transporte, el vapor de la locomotora, el sabor de toda clase de alimentos. Solo que un accidente de coche no es posible. Igual que en un cuento, en un sueño despierto. El vapor de la locomotora no tiene repercusión negativa en los pulmones. En cuanto al sabor de los alimentos, la tradición lo cuenta así: el maná, en hebreo *man*, acepta todo sabor que se quiera disfrutar en ese momento. Significa que todo está allí, de forma ligera y buena, porque es la eternidad, todo está seguro y certero, en unidad, eternamente.

Significa que todas las personas que viven aquí en tiempo y espacio –nuestros pueblos, nuestras comunidades– están allí también. Están libres, claros, correctos. Como la imagen de la travesía del Mar del final, después de la salida de Mizraim, lo cuenta: Cada cual va por su camino en esta travesía, como pasando por un cristal, cada uno ve al otro, como Ezequiel –se le cita con nombre– cada uno ve hasta al interior del cielo mismo. El ser humano más simple igual que el sabio. Se ve un lado de la vida, el lado terrenal y al mismo tiempo se ve el otro lado que está oculto desde aquí. Con una visión muy clara, como en la visión de Ezequiel, transparente y se reconoce el sentido. Ninguna intranquilidad, ninguna preocupación.

Así es para el ser humano de este mundo. El cuerpo que lo ha vivido todo espera, es fiel. Duerme en el polvo, espera como un niño, paciente, como alguien que duerme, lleno de confianza. Si la noche dura dos horas y miles de años, el cuerpo duerme.

El fallecido, en el ataúd, en la tumba, está tapado. De hecho, duerme en el *afar*, polvo o tierra. Lo que quiere decir que está oculto en la materia, hasta que la materia devuelve lo guardado. Hasta que *kever*, 100-2-200, tumba, sepulcro, –escrito con las mismas letras que *kerev*, 100-200-2, interior– se abra y lo guardado se manifieste de nuevo. Finalmente, al cementerio se le llama *Bet ha-jayim*, Casa de la Vida.

La nefesh, en el hatillo de la vida, vive todo muy libremente, sin opresión, sin coacción. Reconoce todo, con plena libertad, sin miedo. A esta forma de morir se le llama también *petirá*, 80-9-10-200-5, que significa simplemente “dejar libre, soltar”. Ha sido liberado de la jaula que le mantenía prisionero.

La nefesh allí no reconoce solo a los amigos fallecidos con anterioridad, los antepasados, los conocidos, es decir, “sus pueblos” y “sus padres”, sino también todos los que siguen con vida aquí en la tierra, que han quedado atrás.

Aquí nos topamos con el secreto del consuelo. ¿Cómo puede ser que los seres humanos puedan consolarse de la pérdida de un ser amado en el transcurso del tiempo? ¿Le olvidan o es que la vida diaria les ocupa de tal forma que no tienen ni energía para pensar en el fallecido? Podría esperarse que una pérdida importante tuviera unas consecuencias cada vez más acusadas en el tiempo. La contestación a esta pregunta tiene que ver con la dualidad del fenómeno vida y la relevancia de la muerte dentro de esta dualidad.

Porque el fallecido se encuentra con todo, con todos, en el otro lado de la vida, allí donde su nefesh está atada en el hatillo de la vida. Todo ser humano está allí mediante *nefesh, ruaj y neshamá*, y es normal y evidente que los encuentros se produzcan. En ese sentido, nada ha cambiado. La eternidad no comienza en algún punto determinado, si así fuera no sería eternidad. Nefesh, ruaj y neshamá tienen vida eterna. No hay tiempo lineal ni espacio allí. Significa que allí, en el otro lado de la vida, todo vive en la esfera de la eternidad. Y puesto que allí se vive en comunidad, los que quedan atrás sienten los efectos desde la parte inconsciente, que van pasando a la parte consciente, y con ello se instala el consuelo. Algunos dicen que es la prueba de que allí, en la otra parte de la vida, se está en comunidad, siempre, eternamente.

En el judaísmo existe la costumbre de no mantener un duelo demasiado acusado. Se dice que no es bueno ni para el fallecido ni para el que ha quedado atrás. Es como decir que no se es capaz de creer en el lado del más allá del fallecido, ni del propio.

Por ello también es costumbre, casi obligación, enterrar el cadáver cuanto antes. No se debe retener el cuerpo del fallecido, como si no existiera otra vida. Todo lo contrario, para él y para los que quedan atrás, existe la parte de la vida en el más allá que es eterna. También es costumbre tapar la cara del difunto. Porque ahora ya no vale esta cara, a partir de ahora vale la otra, la eterna. En ciertos círculos no judíos existe la costumbre de dejar una pequeña ventana en el ataúd para que se pueda ver la cara del difunto hasta el último momento. En el fondo se está diciendo que se cree únicamente en esta vida y que lo otro es algo del todo separado. Podría decirse que no conocen el significado de la dualidad de la palabra *jayim*, tampoco de la palabra *paním*, cara, que es idéntica con *pením*, interior. En la cara del ser humano se refleja su interior, su Ser. Si la persona ha fallecido aquí, está en la dualidad de allí, en shamayim. Su cara está en la dualidad de allí.

En la tradición se conoce el relato de Henoc, séptima generación después de Adán. En el más allá es el ángel Metatron. Y ese ángel es el *sar-ha-pením*, el Señor del interior. Su servicio está en la cámara más interior, con Dios.

La palabra consuelo viene del nombre *Noaj*, Noé. El nombre Noaj viene de las palabras del versículo 29 de Génesis 5: *sé yenajamenu*, él nos consolará. Noaj es el consuelo, porque un mundo se hunde, pero él y su familia en el arca, pasarán a otro mundo y seguirán viviendo. Cuatro parejas entran en el arca, Noé y su mujer y sus tres hijos con sus mujeres.

Teva, arca en el hebreo, pero al mismo tiempo *palabra*. Todo entra en la palabra, el cuádruplo del mundo, de todas las direcciones y de todos los elementos. Las medidas dadas para el arca son 300, 50 y 30, y convertidas en letras, forman la palabra *lashón*, lengua.

Aquí encontramos las raíces del consuelo. Un mundo se hunde, es devorado por las aguas, por el tiempo. Igual que en el sepulcro, desaparece de la vista de los demás. Todo del mundo desaparece, solo acompaña aquello de los “padres” y de los “pueblos”. En el otro mundo surge de nuevo. Dios dice allí: *No tornaré más a maldecir la tierra...* (Gén. 8,21).

Menajem es uno de los nombres del Mesías; es el consolador. Consuela porque, mediante su presencia, une a los dos mundos. Está aquí y allá. Ese es el consuelo para todo ser humano. No el olvido, sino más bien el conocimiento inconsciente de que el pasado también está y que nosotros también estamos allí. Ese es el hermoso secreto de la palabra *jayim*.

VI.

Para que el consuelo sea verdadero necesitamos estar seguros de que la buena nueva, el mensaje alegre, tenga validez permanente. Aunque aquí en nuestro mundo todo parece estar destinado a desaparecer, el consolador en el ser humano dice: *Permanece, a pesar de todo vivirá y estará eternamente*. El consolador puede decirlo, porque vive aquí y allá. De la vida de allí sabe que todo vive y está, que el Ser no puede desaparecer. Por el contrario, el ser humano que solo conoce el mundo del tiempo que fluye, repite palabras de la ciencia, que todo se hunde y que todo quedará destruido. Desintegración, descomposición, para él no pueden existir valores eternos.

Esas personas, por tanto, solo comunican que la vida tiene término. Que la duración de la vida que aún puede esperarse aquí, sea de tal cantidad de años. Pero veamos, si se trata de que el mundo perezca en veintiocho millones de años, o si un enfermo según la estadística tiene aún dos años de vida, si un niño podrá llevar a cabo o no, ciertas exigencias, todas estas valoraciones tienen en cuenta un solo lado de la vida. Sin embargo, el consolador dice que todo es bueno y eterno, y lo dice con total tranquilidad. La vida de aquí sigue, aunque sea en el otro lado. En el más allá sigue sin perturbación y eternamente, con todas las posibilidades de libertad y de alegría. Y desde allí, también la vida oculta, guardada en la materia aquí, tendrá una nueva manifestación.

La tradición dice que los que aportan buenas nuevas viven eternamente. De hecho, la noticia viene de allí, del *olam ha-emet*, del mundo de la verdad. El mundo más allá de nuestro mundo tiene ese nombre, y así se llama el mundo donde habitan los fallecidos. *Olam ha-emet*, el mundo de la verdad.

En la tradición judía se conoce al profeta Elías como portador de las buenas noticias. ¿No aporta él la noticia de la llegada del Mesías? ¿No es el nombre del Mesías también

Menajem, consolador, y no es hijo de David? Sabe que Dios no puede nunca enviar nada malo. Elías es pues siempre el portador de las buenas noticias. Aunque no se le vea o sea alguien completamente normal, es el profeta Elías. Está vestido siempre con el manto de un hombre corriente.

El profeta Elías vive eternamente, no muere. De la tierra sube al cielo y de allí baja con toda buena noticia. Vive eternamente, porque aportar buenas noticias tiene ese resultado feliz. El historiador dirá que ese Elías, si fuese posible probar que haya vivido alguna vez, habrá muerto hace mucho. Quizás, en algún rollo viejo pueda encontrarse el lugar de su sepultura. Para turistas con cámaras fotográficas. Igual que los veintiocho millones de años y los dos años.

Pero, a pesar de todo, en hebreo vida es *jayim*. ¿De dónde viene esta palabra? La ciencia tiene su opinión propia. Pero el tiempo fluye y una opinión sigue a la otra. En el más allá de la vida, no obstante, se dice que Elías vive eternamente. Igual que esas otras palabras de la Biblia: *David, Rey de Israel, vive y subsiste*. Aunque se pueda mostrar su tumba en Jerusalén. Significa que existe una verdad objetiva, científicamente comprobada y existe la verdad del ser humano a imagen y semejanza de Dios.

Porque es verdad que de las personas de las que la Biblia dice que no han muerto, o que han muerto y se han levantado en la resurrección, de esas personas no se ha vuelto a saber nada en el mundo objetivo. Como tampoco vemos nada de los demás fallecidos. ¿Podría ser mentira, simplemente, lo que se dice de Elías o de Henoc? ¿Mentiras, repetidas durante miles de años? Tampoco de Dios vemos nada de nada.

Sin embargo, parece que las personas que aportan buenas noticias con alegría, con una alegría irrefrenable, simplemente *saben* de la vida eterna. No lo saben por su concentración o meditación, no; lo saben simplemente y les cuesta encontrar palabras para comunicarlo a los demás. Lo saben, igual que saben que el corazón late y la digestión funciona.

La buena noticia no tiene nada que ver con recoger información sobre la bolsa, sobre nuevos medicamentos contra toda clase de enfermedades. Porque la próxima crisis económica vendrá con certeza y la próxima enfermedad también. No. Tiene que ver con una actitud difícil de describir, con no tomar tan en serio los acontecimientos mundanos. Darse cuenta de que el punto de anclaje está en otra parte. Yo creo que la certeza de saber de los dos lados de *jayim*, vida, da a las palabras que se pronuncian cierto sonido o cierto brillo imperceptible. No importa de qué se hable. Y solo aquel que tiene la predisposición para captarlo, lo siente. Porque el otro lado de la vida habla como Dios habla. Para el mundo de aquí, es silencio. Y ese silencio vibra en el sonido escuchado.

Eliyahu-ha-naví, Elías el profeta en la costumbre judía, aquel que trae la buena noticia desde el otro mundo, convertirá al final –en todo final, también al final del día– *el corazón de los padres a los hijos, y el corazón de los hijos a los padres*. (Malaquías 3, 23-24). Significa que une a los dos mundos; en primer lugar vienen los padres a los hijos como Dios el Señor deja caer la lluvia, y solo después vienen los hijos a los padres, como

el vapor que sube de la tierra. La búsqueda de relaciones, abrirse al otro lado, va estrechando el hueco entre los dos lados.

Cuando viene *el día grande y terrible*, allí vemos a Eliyahu. Su nombre significa: *Mi Dios es el Señor*.

Las comunicaciones objetivas, científicas, ya de por sí deben ser pesimistas. Ninguna buena noticia es decir: ese sabio vivió de 1540 hasta 1623. Es una mala noticia porque conlleva la evidencia de la muerte y de la desaparición. La Torá, la Biblia, no conoce ni el antes ni el después en sus palabras. Hablar de *la historia, de la historia bíblica* produce un cinismo repulsivo, dicen ser personas inteligentes porque saben de este mundo percedero. Y en lo sucesivo utilizan el tiempo para comer y beber, disfrutar y viajar. Matando el tiempo como sea, para no tener que pensar en lo otro.

Pero ¿cómo hablar de objetivos científicos y a pesar de todo, aportar buenas noticias? Yo creo que el objetivo científico tendría que ser relativizado en primer lugar. Porque "objetivo" significa, casi siempre, que una relación con todos los lados de la vida es imposible y prácticamente excluida. Una persona dura puede ser un gran científico, sin más, porque sus conocimientos no tienen nada que ver con su comportamiento en la vida diaria. Únicamente no debe molestar las normas de la sociedad ni llamar la atención ignorando las buenas costumbres. Todo tiene que ver con lo objetivamente perceptible, también el comportamiento en la sociedad. Por ello, si se tiene anhelo de la verdadera buena noticia, habría que buscar sin cesar las relaciones de las ciencias entre sí y con la vida. Con cierta rapidez descubriríamos los límites de la visión científica y sentiríamos que se trata de otra cosa, que se trata de algo que está frente a la vida verdadera. Porque cada persona tiene también el conocimiento del lado opuesto de la vida, en su interior conoce, inconscientemente, la dualidad de la vida. Y sentirá que el objetivo debe de contar con el *compromiso total de la persona*. O no, y entonces la vida queda colgada de un lado solo; y el otro lado no tiene interés, está del todo separado, o es otra disciplina con otro objetivo. Se llegaría al estudio reconocido de la teología, del esoterismo, del hinduismo o del Zen o a las ciencias limítrofes. Y si todo ello parece demasiado complicado y si se está cansado ya de todas las infinidades del 400 de Mizraim, existen toda clase de posibilidades de evasión, donde lo humano de la vida puede ser excluido o matado.

Yo creo que es fácil: se trata del compromiso de la persona completa. El otro lado de la vida debe ser un anhelo incomparablemente mayor que, por ejemplo, la compra de una casa o de un coche nuevo, un gran viaje de placer o la carrera, el estatus. Debe ser más, mucho más, infinitamente más. Más que tener la razón. Si el anhelo de vida, la búsqueda de unidad en general, la aportación de la lluvia al país de las objetividades es lo más importante, el sentido de la vida, entonces podría decirse que se está frente a la eternidad. Y entonces se encontrará el camino. Se aprenderá que su vida tiene como esencia, como quintaesencia, esa aportación de las buenas noticias. Entonces se vive en el país del árbol de la vida, y la vida irá por sí misma. Una respiración nueva. Solo el ser humano recibe ese soplo, esa respiración de Dios, *la neshamá*.

VII.

Terminando con esta parte, vendría ahora la explicación de la muerte de cada persona individual. Ese choque frontal entre las dos partes de la vida le llega a todo ser humano. Bien sea al pensar en su propia muerte, o al encontrarse con el fallecimiento de una persona de su entorno.

Choque frontal. La muerte avasalla, viola, derrota. Por ello creo que minimizar la muerte no solamente es una equivocación, es una mentira. Es como tomar una píldora contra el dolor. La persona objetiva, de formación científica, está ya de tal forma alejada de la noción vida, que puede ponerse enfrente, estoicamente. Acepta lo que venga, aunque esté casi segura de que no vendrá nada. Las cenizas, entregadas al viento o esparcidas sobre el agua. Terrible, pero a pesar de todo, valiente. Trágico y grandioso, como toda tragedia.

Luego están aquellos que se han construido o diseñado su propia teoría. Quisieran que la vida *allí arriba* siguiera, que fuera una prolongación de la vida de aquí. Ciertamente, con otro decorado, pero debe de seguir. Otros quisieran que allí haya justicia: recompensa o castigo. Se espera y se cree haber nacido en la comunidad religiosa correcta, y algunas veces se siente lástima, honestamente, de aquellos que no quieren o no pueden apreciar la salvación de su comunidad. Sus puntos de vista tan inteligentes. También hay los buenos y amables que simplemente quieren que todo se perdone, no importa lo que sea, porque todo es tan bueno y tan amable. Finalmente, los severos que amenazan con la condenación eterna. Saben con qué tenazas ardientes se pinzará aquellos que no siguen o firman de inmediato sus pretensiones. Podría seguirse así indefinidamente. Parece que la muerte le preocupa al ser humano y mucho, si no, no vendría con tal cantidad de explicaciones o técnicas. Y todo ello a pesar de las grandes religiones, de las personas tan extraordinarias que han vivido, en todos los tiempos.

Quisiera añadir algo, aunque brevemente, porque me parece importante.

Era de esperar, en la edad de las ciencias y las técnicas, de la investigación objetiva, que se investigara la muerte y el fallecido con métodos científicos de laboratorio. Se intenta prolongar la vida, porque no se soporta que tenga un final, y como se teme y realmente se sabe, un final definitivo. Se encontró y se siguen encontrando medios (espiritistas) que pueden interceder. Se encuentran curiosas apariciones y fenómenos en los espacios limítrofes. Yo creo de verdad que son espacios limítrofes, de las ciencias objetivas, se entiende. Se introducen más y más en sus programas, se adaptan para las universidades, convertidos en disciplinas académicas. Y se hace todo lo necesario para que se reconozcan como tales. Los promotores son personas sin compromiso con la totalidad de la vida, investigan objetiva y rigurosamente, pueden ser duras, según las normas de la sociedad. Sin duda encontrarán nuevos espacios limítrofes y otros seguirán. Todo esto, sin embargo, está en clara contradicción con la vida en el judaísmo y la tradición judía, donde el sabio es una persona amorosa, bondadosa, suave, que conoce la totalidad de la vida. Hemos olvidado, sin duda, que la vida en lo cotidiano no es otra cosa que el reflejo del estado de nuestro interior.

Ocuparse de la muerte puede hacerse de muchas maneras, incluso sin laboratorio. Existe una literatura voluminosa sobre todas las formas de meditación, Yoga, Cábala etc. ¿Quién puede leer todo eso? Aunque la mayoría de estos libros cuentan lo mismo, no se sabe sin haberlos leído. Sus promesas contienen aún mayores milagros que las sectas de los amables, de los severos, o de aquellos que tienen la razón.

Y si como vemos, mucha gente se ocupa de la muerte, analizándola psicológica, filosófica o teológicamente ¿cómo puede ser que siga siendo un suceso tan cortante, tan radical?

¿Acaso es debido a ese conocimiento unilateral de la vida en este lado nada más? ¿Cómo puede ser que tanta gente no sepa nada del contenido de la palabra, de la lengua, de la palabra *jayim*, que señala los dos lados de la vida? Pero también aquel que conoce la dualidad de la palabra, que sabe mucho de lo que contamos aquí, también éste, puede que no esté del todo de acuerdo con la muerte. Ni para sí mismo ni para los demás. Pensemos en el relato de la Biblia, de la tradición, donde se cuenta que Moisés no está para nada de acuerdo con la decisión de Dios de que tenga que morir aquí. De todas las formas posibles intenta que cambie su postura. Pero no sirve para nada. ¿Y no es Moisés el siervo más fiel de Dios, familiar en su Casa, que habla con Él cara a cara? Y el pecado que se le reprocha es algo incomprensible, en todo caso una pequeña infracción, casi podría hablarse de un malentendido. Golpeó la roca en lugar de hablarla para que diese agua. Añadiendo: *Os daremos agua, gentes molestas, nunca satisfechas*. ¿Es acaso suficiente para tener que morir? Sí lo es; y como dice la tradición, Dios lo ha tomado consigo con un beso. Y en el Nuevo Testamento escuchamos la pregunta, si no puede pasar esta copa de mí, y luego la queja en cuanto al porqué del abandono de Dios. Podría decirse que en los dos casos, la muerte sería un asunto natural, casi ligero, alegre. Se abandona este mundo decepcionante y se entre en el mundo de la eternidad, donde de todas formas, todo lo de aquí está también. Si ya nosotros podemos contarle y explicarlo así de fácil, cuanto más sabría Moisés de su estancia con Dios –40 días y noches en el Sinaí– de cómo son las cosas en realidad. ¿Por qué insiste el ser humano en eso de quedarse aquí?

Podemos comparar esta situación con el relato de Job. Por cierto, se dice que Moisés haya escrito el relato de Job. Después de que Job aceptara los golpes de destino como viniendo de Dios, llegan sus tres amigos. Comienzan una larga conversación. Aún viene un cuarto. Los amigos quieren explicar el sufrimiento, aportando toda clase de argumentos. Dios no puede hacer ninguna injusticia. Alguna culpa tendrás, y si no, Dios sabe lo que hace. Es decir, es un intento filosófico de explicar el sufrimiento, como perteneciendo a la vida. Pero Job rechaza todos sus argumentos. Porque finalmente es su pena, se trata de un asunto subjetivo, se trata de su asunto personal. Un choque desagradable entre un análisis filosófico y un destino personal. Pero igual que Job, cada uno está solo y abandonado ante su propio sufrimiento y su muerte única e individual. No puede comprenderlo y todos los argumentos fracasan. Como en el caso de Moisés podemos preguntar: Pero finalmente, ¿qué ha hecho ese siervo fiel? ¿No valen todas las fidelidades, su grandísima modestia, las decepciones sufridas por tu causa, Dios, mucho más que esa pequeñez que le reprochas? No es ningún milagro pues, que se diga que Moisés sea el autor del relato de Job.

Pero al final viene la respuesta de Dios. En la tormenta, los pilares del mundo rugen y se tambalean. ¿Y qué es lo que Dios le dice a Job? Sí, cierto, que la creación contiene tantas cosas, mucho más de lo que nunca podría haberse imaginado. Pero podría contestar: Si me hubieses dado algo más de sabiduría, podría haber comprendido y podría haberse evitado mucho sufrimiento.

Quizás, este relato de Job traducido a nuestro tiempo, puede ayudarnos.

Se trata de verdad de un choque formidable. Como si fuese imposible entenderse. Dios no es solo el Dios bueno, bondadoso y justo; Dios es también *haGadol*, *haGibor vehaNorá*; grande, fuerte y terrible. Ante todo ese *norá*, ese horror y espanto. Se habla también del temor de Dios, ese *yirat Elokim*.

Yirá, 10-200-1, *temor*, viene de la raíz *raá* 200-1-5, ver. Por tanto ese temor de Dios podría traducirse también como visión de Dios, en el sentido de un asombro sin límites. ¿Pero por qué en el caso de *norá*, escogemos la idea terrible y horrorosa?

Porque ese soltarse del flujo del tiempo, ese ser arrancado y retirado del tiempo parece ser una conmoción tremenda. ¿Pero cómo es posible que nosotros, seres humanos inteligentes, estudiados, piadosos, que han experimentado, leído, hecho tanto, cómo es posible que se nos pueda desgarrar de tal forma? ¿Cómo puede estremecerse a un Moisés, que podía contar con el beso de Dios como despedida, de tal manera? ¿Qué es, exactamente? Tenemos el derecho de preguntarlo. Sabemos que hasta la mejor respuesta, la más completa de todas las respuestas no sería capaz de tranquilizarnos. Casi diría que por fortuna nadie puede quitarnos esa conmoción.

Porque vivimos en el mundo de tiempo y espacio, con el sentimiento de un orden causal, evidente, normal. Contamos con él. Algunas casualidades molestan, bueno, algunas veces son positivas, otras negativas. Pero el orden mismo nos da la sensación de justicia o injusticia mundana. Casi no podemos hacer otra cosa que planificar nuestra vida hasta ciertos detalles puntuales. Algunas personas van tan lejos que creen poder calcular el transcurso de la historia del mundo. Hasta la fecha concreta de la venida del Mesías.

A mí personalmente no me gustan esos cálculos, pero es verdad que en la sociedad, en la familia y en la profesión no se puede prescindir de ellos. Es así. Y es así porque el ser humano toma del fruto del árbol del conocimiento; no en algún tiempo anterior, en un momento de ingenuidad primitiva, no. Lo hace cada vez. *No hay antes ni después en la Torá*. Cada día se sucede la creación, cada día sale Abraham de su tierra, de su país... En la región de nuestro más allá, en el hatillo de la vida, está todo en permanencia.

La toma de ese fruto conlleva la muerte. Significa que entramos en contacto con el flujo del tiempo y la salida del tiempo es el fenómeno de la muerte. Y entramos en el río del tiempo, es decir pecamos, para que... la misericordia pueda entrar en acción. Locura total. Al ser humano se le coloca en esta situación para que Dios pueda ser compasivo. Pero el ser humano, encontrándose en el río del tiempo, puede hacer lo mismo. Puede

regalarle a Dios su compasión. Puede creerle, amarle, aunque no haya razones objetivas para ello. Pero muchas veces, no lo hace.

Rajamim, el amor entrañable, la compasión, igual que *rejem*, matriz. La matriz supone un acto previo de amor. De ser humano a ser humano, pero también del cielo al ser humano. Del hombre a la mujer, de la mujer al hombre. El mundo está preparado para el amor. Amor en todos los niveles. Y ese amor se viola de continuo por las reflexiones y las experiencias causales. Es una lucha entre querer amar, querer ser amado y de las experiencias tan inteligentes que surgen de la visión del mundo que nos hemos fabricado. Incluso la amada en el Cantar de los Cantares quiere, tiene el deseo, pero habla demasiado, debiera darse más prisa.

Pero la vida es esa conversación entre amantes. Es la duración de la vida. Es una mezcla de amor, de entrega y reflexión, cálculo y pensamiento causal.

Hacemos planes, queremos sorprender a otros, construir y llegar a algo. Eso es ciertamente bueno. Pero ¿debemos construir *nosotros*? ¿No se nos regala por la gracia? Hermosas palabras, hermosas teorías. Y sin embargo, es el secreto de la actuación. Pensamos que nosotros actuamos, y quizás alguna vez aprenderemos que ese actuar *está instado, dirigido y determinado* desde nuestro otro lado de la vida. Separamos el aquí y el allá de nuestra vida. Una y otra vez hacemos y creemos resignados que hemos hecho porque había que hacer algo, por mínimo que sea. Pero en el punto de contacto con el mundo de aquí, ¿podemos hacer algo que no esté unido por la vida, por *jayim*, con la parte del más allá? Si el Israel bíblico no estuviese, los pueblos del mundo no tendrían subsistencia. Su dominio es determinado por el número de Israel (Deut.32,8). Ninguna palabra puede surgir sin las vocales y la melodía. Sin *nefesh*, *ruaj* y *neshamá* no hay vida aquí. Ellos son los reyes, los jefes; las consonantes son los soldados.

La vida aquí aparece como una mezcla de los dos lados. De ahí el hecho de que todo esté matizado, y que los matices en su conjunto produzcan unos efectos muy hermosos. Siendo las cosas así, nos acostumbramos al rol que toca jugar, que llega a gustar, más o menos. Quisiéramos tener aún el tiempo de regalar muchas cosas, hacer el bien, decirle a ese o aquel toda la verdad de una santa vez, y quisiéramos vivir aquí la venganza, o, mejor dicho, la justicia. Son mezclas que van y vienen. Los amigos de Job siguen analizando la situación. Solo Job siente: Es todo palabrería. *Conmigo* se está siendo injusto. La causalidad, a la que me he acostumbrado por la educación y la formación que se me ha dado, no vale. Nada ayuda y no llega a ningún fin satisfactorio con sus tres amigos. Es ahogarse en la infinidad del 400.

Pero viene la irrupción. En la gran tormenta, Dios irrumpe con *Su* palabra. Es una transmutación de todos los valores. La causalidad es válida únicamente en el flujo del tiempo. Dios dice que aquí, en el más allá, reina la unidad de amor y justicia. En unidad. *Ha-Shem Elokim es Uno*. No se trata de la ley inamovible, más bien se trata de la respuesta en forma de nube. La forma, como tú la quieres. Hay muchas posibilidades de alegría, tantas como estrellas en el cielo. Dios las conoce todas con su nombre. Y fíjate, para lo más grande y lo más pequeño hay previsión y todo se encuentra bien. *¿Crees tú que Yo haya hecho un mundo tan imperfecto que tú, viniendo desde el flujo del tiempo,*

puedas decirme cómo debiera de haberlo hecho? ¿No crees tú, que Yo ya haya hecho el mejor de los mundos? ¿Por qué no? ¿No es igualmente una grandísima alegría para Mí?

La vivencia del amor de Dios, de Su misericordia, bondad y justicia es radicalmente opuesta a nuestros sentimientos a este respecto. No pueden ser experimentadas filosófica ni meta-filosóficamente, son opuestas a todo lo conocido. No se trata de una prolongación de esta vida, tampoco de algo anterior o posterior. Es la oposición radical; aunque esta oposición es ya hoy parte de nuestra vida. *Jayim* es el nombre también de nuestra vida de ahora, solo que no lo sabemos. Si no fuese así, no podríamos actuar por la fe, por el amor y no podríamos tener ninguna esperanza. Nefesh, ruaj y neshamá son la base de nuestra existencia ya hoy. De la misma forma que las vocales y la melodía dan vida a las consonantes.

El choque se produce al entrar en contacto con esa oposición. Todo lo de aquí está allá. Solo que diferente, libre, feliz. Se dice que algunas veces, la cara del difunto muestra una gran sorpresa. Se tapa la cara, como hemos dicho ya, pero se sabe que hasta aquí puede expresarse la sorpresa. La sorpresa de encontrarnos con todas las cosas de aquí en el allá.

La maldad recibe su lugar. Lo vemos ahora, era un secreto, no podíamos comprenderlo. Vivíamos en un único lado de la vida, y en ese único lado era incomprendible, igual que la muerte. ¿No dice Dios en Isaías 45,7: *Formo la luz y crío las tinieblas, hago la paz y creo el mal. Yo el Señor hago todo esto?*

Es decir, lo que tenemos enfrente no es algo diferente. Eso sería más bien una prolongación de la vida, un nuevo decorado, marcianos que aterrizan aquí para comunicarnos sus adquisiciones técnicas y sociales. Para decirnos, por ejemplo, qué dieta es más sana, cómo hacerse uno invisible, desmaterializarse, etc. Pero nada de eso. Estamos en el mismo mundo, solo que la vivencia es del todo diferente. Esa es también la razón de los comentarios que pueden oírse de sorpresa, de enfado o de desprecio en cuanto a la Biblia. Que la Biblia sea tan materialista, que habla siempre solo de este mundo, de las cosechas, del ganado, de la vida familiar, de guerras, crueldades y brutalidades. Y los muertos, olvidados. Enterrados y el asunto finiquitado. Nada de la vida en el cielo, nada del júbilo y del cántico de los fallecidos. Alguna amenaza con *sheol*, la región de los muertos, eso sí, con condenación eterna, con la ejecución en vida. Pero luego, después ¿cuándo y dónde es el último día? Incluso en la Revelación de Juan, donde se habla de una especie de más allá, son imágenes del mundo de aquí: caballos, cuernos, colores, Jerusalén, Templo, cuerpo, vestimenta. Como si solo existiera este mundo.

Pero es que creo, *que es así*.

Éste es el mundo, ésta es la creación. Si experimentamos el espacio, según los cálculos científicos como prácticamente infinito y el tiempo de quince o veinte mil millones de años desde la Gran Explosión, entonces, cualitativamente, no dice más que eso. Significa estar perdido y abandonado en un mundo infinito, frío o caliente, pero inhabitable. Es la imagen de una tremenda falta de relación, soledad y abandono.

El mundo, realmente, no es tan grande. No es necesario que estiremos lo cuantitativo de tal forma. Las 400 *parsá* (medida de longitud de la tradición) son abordables. Dios, en el sentido de *ein sof* no tiene límite, ningún final es posible en Él. Y lo único que quiere decir es imposible describirlo con palabras. Porque el más allá de la palabra también contiene el silencio humano.

Las mismas imágenes de la vida están en este lado y en el otro. Solo que allí crean otras sensaciones, son liberadoras; dan la impresión de estar soñando, tan increíblemente hermoso es todo. *Cuando el Señor hiciera tornar la cautividad de Sión, seremos como los que sueñan. Entonces nuestra boca se henchirá de risa, y nuestra lengua de alabanza; entonces dirán entre las gentes: Grandes cosas ha hecho el Señor con estos* (Salmo 126,1-2). Pero es este mundo. Nuestro mundo está allí. Países, ciudades, casas, animales, personas. Solo que la vivencia es diferente. No en el sentido de solo-pensamiento, solo-teoría, solo-espíritu; sino más bien se experimenta lo material como existiendo en todas las fases. Muy concretamente. No se va, no se ausenta. Cambia y al mismo tiempo se queda igual. Gran paradoja, una armonía bienhechora, alegre y feliz. Se experimenta la materia junto con su lado en el más allá. La chispa oculta, ese *nizuz* de la Cábala, está descubierto ahora y le da a la materia una vida nueva, eterna.

La vivencia con animales y plantas no es solo *alegórica*, para nada. En la vaca, en el camello o en el burro, por ejemplo, se reconoce la misma forma que en la tierra, aunque junto con todo aquello que la palabra *pará*, vaca, por ejemplo, contiene. La palabra es válida en todos los niveles. Y puesto que la palabra es unidad con la forma de la manifestación, las formas en el más allá están exactamente como aquí.

Quizás puedan entender ahora que las letras son números allí. Allí construyen las formas, y las letras aquí son las proporciones que dan existencia a la forma. Por esta razón, en la lengua de la Biblia, en las palabras de Dios, pueden descubrirse conexiones en las letras.

Siembra, fruto, cosecha, lluvia, calles, personas, sol, luna, todo está allí. Está allí, en el mundo de enfrente. Si aquí preocupan algunas veces, allí es todo libre y ligero. Es el mundo que viene tan pronto termina el contacto con este mundo. Se vuelve a encontrar todo lo vivido, pero ya exento de tiempo y espacio. Porque allí no hay ni antes ni después. Es importante, por tanto, vivir las palabras de la Biblia de esta manera. Haciéndolo, puede gustarse ya aquí del sabor de la eternidad, del *olam ha-ba*, del mundo *venidero*.

No olvidemos pues la palabra *jayim*, vida. Nos dice que la vida está en el aquí y en ese mundo opuesto. Si se puede aceptar este mensaje con alegría, como si fuese Elías el profeta quien lo hubiera traído, entonces sabemos ya algo de la vida eterna. Amemos y apreciemos las cosas de aquí, porque también allí están con nosotros.

Después de las palabras de Dios, Job recibe el doble de todo lo que tenía antes. ¿No nos damos cuenta de que aquí tenemos un solo lado de la vida y, después de la conversación

con Dios, tenemos los dos, en unidad? Estamos siempre ante el mismo dibujo. En el cielo, shamayim, está lo doble, la dualidad, en unidad.

Quisiera ilustrar estas explicaciones sobre la muerte y la vida con un relato de la Biblia, que en pocas palabras cuenta todo el tema con mucha claridad. Muestra también el significado de todas las cosas y sucesos de la vida de aquí. Nuestra vida de aquí no está separada de la vida eterna. La Biblia escribe y cuenta del mundo de aquí y al mismo tiempo del mundo de allá. Aquí todo fluye, allí está todo quieto en unidad. Es decir, se mueve, y al mismo tiempo, está. Va caminando, toma su tiempo y a pesar de todo, está siempre exacto. ¡Vaya paradoja, casi locura! diríamos.

Acerquémonos a la imagen que se muestra en Éxodo 3. La Biblia cuenta que Moisés está pastoreando las ovejas de su suegro en el desierto. Aparece un ángel del Señor en una llama de fuego en medio de una zarza, un matorral espinoso, *sné, 60-50-5*, en hebreo. Sin embargo, lo curioso es que ese matorral seco arde, pero no se consume. Pensemos en los dos lados de la palabra *jayim*.

La tradición añade que Moisés llega a ese lugar porque iba en busca de un corderito pequeño que se había perdido. Siguiéndolo subía el monte para cogerlo y devolverlo a la manada. Se dice desde siempre que esta imagen señala la importancia aun de la cosa más pequeña, sin valor. Porque pertenece a la unidad de la vida, que solo puede darse si está completa, perfecta. De no ser así, deja de ser unidad. Y porque para Moisés, –cuyo nombre significa sacado del agua, es decir, del tiempo– hasta lo más insignificante es importante, llega sin saberlo al monte *Joreb 8-200-2*, al monte de Dios. El nombre Joreb significa devastación, destrucción. La devastación del Templo es *jurbán ha-bayit*. Viene de la misma raíz, como también *jerev*, espada. La espada mata, está dicho que el ángel de la muerte tiene esa espada en su mano. El monte de Dios Joreb lleva en su nombre la noción de esa espada devastadora, hiriente. Y Moisés ve ese fuego ardiente, justamente en ese monte, pero a todas luces, aquí no consume el matorral.

Es una imagen de la muerte. Se cree que la muerte destruye nuestra vida, o por lo menos le da otras formas, aunque en realidad creemos que no da nada, solo ceniza, polvo dispersado por el viento. Y sin embargo no es así. Allí, en el monte de Dios vemos que todo queda tal cual es. La vida allí no se consume por el fuego. Fuego, como imagen del tiempo que en su paso destruye. Cronos y sus hijos.

Allí, Dios da a conocer su nombre. Es un nombre basado en la noción *hové, Ser*, con el que se presenta. Su nombre es aquel que es, era y será; se llama a sí mismo *YO SOY EL QUE SOY*. Nada cambia, Dios permanece y con Él todo permanece, todo lo que es, todo lo que viene de Él, toda la creación, todo el mundo y con el mundo todas sus partes, hasta la partícula más ínfima, todo permanece. Nada se pierde, ningún momento se pierde. El matorral queda tal cual es. También para la zarza, allí en el monte de Dios con el nombre devastación y destrucción, también para ella vale ese *YO SOY EL QUE SOY*. Dios le dice a Moisés que se quite los zapatos, porque *el lugar en que tú estás, tierra santa es* (Éxodo 3,5). La tierra es santa, todo lo que está aquí está también allí.

Este encuentro con Dios es el punto de partida de la salvación de Mizraim. La salida de Mizraim se experimenta como un cambio de mundos. Es la imagen tanto de la muerte como del nacimiento. En los dos casos se quita un mundo y se llega a otro. Es un choque, ciertamente, un trauma. El mundo de cautiverio termina; todo es diferente, cierto, pero a pesar de todo, es igual. Las personas, los animales, los utensilios. Se vacía Mizraim, todo acompaña. Se constata que Dios lo dirige todo, la Habitación de Dios es visible, se ven milagros increíbles.

Pero es este mismo mundo, la misma palabra, las mismas formas. Dios dice que Él es el Dios de los padres. Solo que bajo el nuevo nombre no se le conoce aún. Es el nombre de aquel que garantiza la permanencia. Y se va conociendo la vida doble como unidad. *Yetsiat-Mizraim*, la salida de Mizraim. Se habla de la misma *yetsiá*, de la misma salida cuando se habla de morir, cuando el alma sale del cuerpo.

El monte Sinaí, donde sucede la revelación de Dios, al principio mismo del camino de los 40 años –con precisión el día 50 después de la salida– es el mismo monte Joreb. La zarza, *sné*, 60-50-5 tiene que ver con la palabra *Sinaí* 60-10-50-10. La palabra revelada allí en el monte Sinaí, tiene validez en este y en el otro mundo. Por la palabra, el ser humano es igual aquí que allá. Solo que allí es libre. Las palabras están grabadas, *jarut*, por el dedo de Dios en las Tablas de la Alianza. Pero *jarut*, grabado, puede leerse también como *jerut*, libertad, puesto que en el hebreo no se escriben las vocales. Como la zarza que arde pero no se consume. Como la muerte y, a pesar de todo, vida. Las dos cosas son verdad. El muerto vive, y ahora más verdaderamente que nunca. Ningún fuego puede ya quemarle. Esa es la prueba. Pero la prueba está también en el otro lado de la vida, en el lado inconsciente.

Es una grandísima experiencia poder verlo así. No tengamos miedo pues, el mundo permanece y con él, todo lo que hemos amado aquí. En el país al que vamos, no hay ni enfermedad ni muerte ni agresión. Porque en el jardín, el amor es cuidado y es una gran alegría poder protegerlo. Porque el amor es fuerte como la muerte; y la experiencia del amor es igual de revolucionaria que la de la muerte.

Los amantes son los mismos. *Y todo el amor sin interés causal, está presente.*

VIII.

El fallecido ha traspasado una frontera. Ya no está aquí. Como su alma es invisible, así también su cuerpo se tapa ahora con tierra. Se dice que mientras el cuerpo está sobre la tierra en la visibilidad, lo de este mundo queda adherido, no puede separarse y no encuentra la paz. La dualidad de *shamayim* no puede constituirse.

Todo estaría bien y en paz ahora si no existiese la pregunta sobre la resurrección. ¿Para qué, se pregunta, si en el más allá está todo lo nuestro? Y esa, en realidad, es la pregunta del *para qué* de toda la creación. ¿Para qué necesita Dios la creación? En su unidad tiene ya todo, tiene la armonía y la concordancia de todas sus partes. La respuesta es que Dios

busca el amor, busca la *reunificación, ese volver a encontrarse*. Porque sería completamente normal, dada la omnipotencia de Dios, que todo fuese bien. Pero parece que al mundo, al ser humano, le falta la experiencia del amor. Si algo falta, puede decirse que la causa es la falta de amor. Dios se sienta solo brevemente en el trono de la ley, y enseguida, se dice, se cambia al trono del amor.

Todos los esfuerzos del ser humano van dirigidos a la búsqueda de reconocimiento, de una relación más allá de lo normal, de la ley. El ser humano quisiera guardar un secreto, un secreto que solo se revelará si puede amar y ser amado.

La creación doble, dual, viene para poder amar y para que las expectativas de ser amado puedan cumplirse. En la esperanza de que la ley se traspase, porque el amor es a-causal, contrario a toda esperanza legítima. También sabemos que tiene que ver con nuestro orgullo, con nuestra independencia. Saber que somos solo un producto de un desarrollo legal, nos molestaría hasta en lo más profundo, nos degradaría a un objeto manipulable. Únicamente somos verdaderos seres humanos estando a imagen y semejanza de Dios. Si algo decisivo depende de nosotros, si tenemos algo importante que dar y si algo esencial depende de nuestra aceptación. Poder regalar amor, independientemente de lo que la ley o las percepciones digan. Aceptar el amor, sin considerar ningún argumento legalista. Una y otra vez parece que la ley recibe su sentido solamente si la iluminan los rayos bienhechores del amor. Como la tierra solo muestra crecimiento si llueve.

Ese podría ser el sentido de la bajada del ser humano a este mundo. En todas partes, en todos los cielos, el ser humano puede ser feliz y gozar de las alegrías más grandes. Pero aquí se le deja abandonado en el río del tiempo y separado del más allá. Juzga todo desde el fluir del tiempo, no puede de otra forma. Ha perdido la visión de la unidad. Por ello puede creer, amar, esperar aun en contra de todo argumento. Se encuentra solo, abandonado, sin poder comprender como quisiera comprender, está solo como Dios, en su singularidad, esperando una respuesta en cada encuentro. Pero todo encuentro aquí es solo una astilla del todo. La causa y las consecuencias de los encuentros solo puede suponerlas. ¿Cómo reaccionará ese ser humano? ¿Será capaz de amar a su prójimo, sin pensar en ninguna recompensa? ¿Será capaz de regalar amor a ese Dios invisible, oculto, incluso dudoso? El amor a Dios y a los seres humanos no tiene argumento lógico ni razonable. Pero se da, en ciertas personas o en ciertos momentos, pero más bien como una excepción. Por lo menos así parece ser. ¿Pero qué se sabe? ¿Qué sabe la persona de sí misma, de sus motivos en cuanto al amor? El tiempo fluye y todo pasa.

El tiempo que fluye y el espacio limitado solo permiten una vista muy reducida. Solo vemos la gama del espectro y quizás algo más con la ayuda de otros medios. Escuchamos solo una muy pequeña parte de todo aquello que podría escucharse justamente porque todo fluye. El pecado es la causa de esta visión limitada. Pero ¿no es el pecado el otro lado de esa singularidad, de poder creer y amar? Gran paradoja, y Dios se llama a Sí mismo: *SOY EL QUE SOY*. Confirmación y anulación de la paradoja. Como dice también: *tendré misericordia del que tendré misericordia y seré clemente para con él que seré clemente* (Éxodo 33,19).

La percepción que tenemos de nuestro cuerpo se debe al tiempo. Lo que de verdad somos, más allá del tiempo, en la eternidad, no podemos saberlo. Castigo por el pecado y posición singular estando a Su imagen: solo podemos actuar por el amor y la fe.

No es intención de Dios colocar al ser humano frente al árbol del conocimiento, con una serpiente presumida, brillante, para hacerle caer y luego premiarle con la posibilidad del amor verdadero. Sería un juego indigno de esta grandiosa creación. Dios sabe que el ser humano podría caer, y a pesar de todo cree y espera que no lo haga. Y Dios sabe que lo hará y que amará y apreciará a ese ser humano, a pesar de todo. Y Dios sabe que el ser humano, en general, no lo quiere, que lamenta haberlo hecho y no entiende cómo ha podido ser. En el flujo del tiempo se muestra que existen momentos en los que el ser humano es grandioso, poderoso, y otros que le muestran como un personaje tonto y limitado. Es la conversación del cielo con la tierra, con el ser humano. Y Dios se llama *SOY EL QUE SOY, SERÉ EL QUE SERÉ*.

Es decir ¿no vale la pena hacer resucitar a este cuerpo? ¿Volver a revivirlo? Este cuerpo mortal ha mantenido muchas conversaciones en muchos momentos, está registrado en el más allá, igual que los recuerdos están almacenados en el inconsciente. ¿No tiene ningún valor, era solo para fines pedagógicos? ¿Dónde queda el amor de Dios? El ser humano ha participado en el mundo, lo ha tomado en serio. Este valle de lágrimas, esta vida llena de alegrías y esperanzas, también de decepciones y desilusiones, de auténtica entrega, de sufrimientos nunca articulados, ¿ha pasado todo definitivamente?

Estamos frente a aquel que dice *SOY EL QUE SOY*.

Nosotros mismos sentimos que así no es posible. Conocemos el valor de cada momento de la vida. Deseos y sueños de resurrección los hay en todo el mundo, igual que el sentimiento: *Hasta aquí. Abandono, deja que tengamos paz, de una vez. ¿Quién te ha pedido darnos la vida?* También estas palabras las está diciendo el ser humano de continuo.

Se trata del cuerpo, de este cuerpo, Mizraim, que nos mantiene prisioneros. Nos alegra saber que vamos a perderlo de vista, que estamos en el camino al más allá. Lanzamos gritos de júbilo al ver a Mizraim muerto, allí, en la orilla del mar, del tiempo. Sentimos el alivio, el hebreo, la esencia del más allá, queda liberada. Y se va cantando allí, en la orilla del mar, en la orilla del tiempo (Éxodo 15).

Pero los ángeles dicen: *Seres humanos están muriendo allí. El cuerpo se muere allí, vemos sus últimos movimientos, escuchamos el llanto y los gritos de los que quedan atrás, mientras que aquí se está cantando. ¿Es justo? ¿Es ese el sentido del mundo que el hebreo, Israel, esté cantando, alegrándose de estar perdiendo el cuerpo de vista?*

Una protesta tomada en serio. Hasta hoy es costumbre en el judaísmo, en estos días de la semana de Pesaj, acortar las alabanzas a Dios. Precisamente, porque el cuerpo, Mizraim, se está hundiendo. Paralelamente va el duelo por la muerte de los alumnos de Akiva. Ese duelo comienza en esos días y dura 33 días.

¡La importancia del cuerpo! - Sería terrible, un sinsentido, si con el cuerpo la vida vivida en el mundo quedara barrida, aniquilada.

Al lado de Mizraim en el sur, conquistador de Israel en el principio, se conoce también a Ashur en el norte. El enemigo que por sus ataques causa grandes sufrimientos a Israel. Ashur, igual que Mizraim, se hunde, y como tal ya no se levanta. Así parece, por lo menos. Y a pesar de todo, esos opresores no son olvidados, igual que el cuerpo, esa envoltura de la chispa divina, no queda en el olvido después de haber cumplido con su deber. ¿Ese olvido, existe? ¿No estamos ante una creación seria? ¿Hay algo en ella que no está bien? No. Con el entierro del cuerpo y con el júbilo en el más allá, no puede terminar el asunto. En el silencio, sin palabras, se espera el regreso del cuerpo. No se sabe cómo, ni dónde ni cuándo. Pero hay una voz que nos dice, sin que tengamos la posibilidad de mirar hacia otro lado: nada puede perecer aquí porque no tenía sentido.

Estoy pensando en las palabras de Dios, como puestas en la boca de Isaías. Cuentan que el cuerpo y todo lo suyo, no se olvidará. ¿Cómo son exactamente estas palabras al final de Isaías 19? Se habla de la resurrección al final. Voy a recitar algunos versículos: *En aquel día habrá altar del Señor en medio de la tierra de Egipto, y un pilar del Señor junto a su término. Y será por señal y testimonio al Señor de los ejércitos en la tierra de Egipto; porque al Señor clamarán a causa de sus opresores y Él les enviará un salvador y príncipe que los libere. Y el Señor será conocido de Egipto, y los de Egipto conocerán al Señor en aquel día, y harán sacrificios y ofrendas y harán votos al Señor, y los cumplirán. Y herirá el Señor a Egipto, herirá y sanará, y se convertirán al Señor y les será clemente y los sanará.*

Y ahora viene lo importante, ahora viene el regreso del cuerpo. Porque las palabras de Isaías siguen así: *En aquel tiempo habrá una calzada de Egipto a Asiria, y los asirios entrarán en Egipto y los egipcios en Asiria y los egipcios servirán con los asirios al Señor. En aquel tiempo Israel será tercero con Egipto y con Asiria; será bendición en medio de la tierra. Porque el Señor de los ejércitos los bendecirá diciendo: Bendito el pueblo mío Egipto, y el Asirio, obra de mis manos, e Israel, mi heredad.*

Mizraim, *mi pueblo*, pertenece como Israel al amor de Dios; Ashur, *obra de mis manos*, vuelve a levantarse. En medio, Israel. Es un malentendido gravoso si se abandona lo percedero, lo pasajero. Si olvidamos momentos hermosos, íntimos que hemos vivido. Teníamos sueños inconfesables y esperanzas no cumplidas. ¿Resignación? Sí, porque no creemos que nadie, ni Dios sea capaz de mantenerlo todo y de hacerlo regresar, para que la unidad de todo lo vivido sea realidad.

Lo que se acabó, se acabó. Pasó irremediamente. Medimos a Dios con las medidas nuestras, y si el ser humano ni siquiera es capaz de imaginarse algo, entonces Dios ciertamente tampoco puede. Extrapolamos nuestras posibilidades a Dios. Dios ciertamente puede más en cuanto a cantidad ¿pero algo del todo diferente, nuevo, mostrar una nueva cualidad? Somos incapaces de creer en semejante posibilidad que sería como una creación nueva. Estamos demasiado atados a los viejos conceptos mundanos, la atadura a Mizraim pesa demasiado. Estamos habituados a la ley, la ley del fluir, del río de Mizraim.

Puede que sea por orgullo, o quizás algo de desesperación, que seamos capaces de dejar que se pierda toda la vida del cuerpo, si únicamente en el cielo todo va bien. La resignación y el abandono son tan grandes que estamos dispuestos a agarrarnos a esa pajita. Y también esa esperanza falta a veces. Pero ¿para qué exactamente ha creado Dios a este mundo? ¿Para qué toda Su entrega? ¿Para qué todo ese drama terrenal?

Como Israel en la salida de Egipto, al pasar por el Mar del final, experimentamos que Dios tiene otras medidas, que el tiempo se detiene en medio del mar y las aguas se muestran como muros de cristal.

Mizraim, el cuerpo, quisiera seguir, acompañar; siente que no hay vida sin ese hebreo, sin ese soplo divino desde el más allá. Pero al entrar en el mar se sorprende por una experiencia desconcertante. Las columnas de fuego y de nube –separadas con anterioridad– se mezclan. Las dos columnas están al mismo tiempo, y dividen la vida en la dualidad de Mizraim de la vida de Israel (Éxodo 14). Las ruedas, *ofanim*, giran con gran dificultad, el círculo no aguanta. Los carros de Mizraim se atascan. El pensamiento causal no sabe, fracasa. Esa es la muerte del cuerpo. La rueda gira en Mizraim, pero se atasca tan pronto como la auténtica rueda se manifiesta, allí donde se sale del tiempo, allí donde el tiempo que fluye se petrifica. Por ello está escrito que la persona más humilde de Israel, al atravesar el Mar del final, ve todo lo que ve Ezequiel en su visión, y mucho más. Por cierto, traducir “mar del final” como Mar Rojo, es un error.

Mizraim está muerto en las orillas del Mar del final. Israel ve ese cuerpo muerto, el fallecido, mirando con los ojos del alma, ve su cuerpo tendido, muerto. Después de superar el primer sobresalto, por lo increíble del suceso, entra en grandísima alegría. Y sabe que Dios es el causante de esa separación liberadora, que es Él, Dios, el que libera.

Y entonces se oyen las voces de los ángeles que bajan el tono de la alegría. *¿Qué pasa con el cuerpo aquí? ¿Qué pasa con esta vida aquí? ¿Está esta genta dispuesta a olvidar todo tan rápidamente, abandonar toda la vida vivida en la tierra? ¿Es un fracaso de Dios, de su creación, era solo una ilusión?* Cuán rápidamente medimos todo con nuestras medidas y dejamos caer, simplemente, lo que no encaja.

En la frontera misma, justo antes de la salida, cuando Dios hiere a todo primogénito de Egipto, se está celebrando el *Seder*, la cena de Pesaj (Éxodo 12). Se come el cordero. ¿No surgen ahora toda clase de objeciones en cuanto a comer vida muerta? También si se arranca o corta una planta para alimento nuestro, se la mata. En la naturaleza un animal come al otro. Lo llamamos, de forma muy correcta: mantener el equilibrio biológico. Pero la pregunta se impone: ¿Por qué llama Dios tanta vida a existencia aquí, de forma que el uno tenga que comerse al otro? Y, de todas formas, ¿por qué no dejar que la vida en la naturaleza sea eterna? ¿Qué culpa tienen los animales de que tengan que comer y morir?

En el libro de Génesis, capítulo 1, Dios habla de la comida como el décimo acto de la creación. Y la carne, después del diluvio (Génesis 9,2-6) se convierte en el alimento del ser humano. ¿Qué es el sentido de la comida? ¿No tiene tal vez relación con esa cena

expresamente mencionada de Pesaj? Porque la cena de Pesaj es una cena en el límite mismo entre la vida y la muerte. La salida de Egipto es la salida de un mundo y el comienzo del camino hacia otro. ¿Se habla quizás en esa cena del sentido de la vida y de la muerte?

El alimento pasa a través de nuestro cuerpo. Una parte se queda, otra parte es eliminada. ¿Por qué eliminada? ¿No estaría el mundo mejor, si todo fuese utilizado, si el círculo quedara cerrado? Es quizás también el secreto de la muerte. ¿Para qué, exactamente?

El cordero es la imagen del curso de la vida. Todo baja a este mundo, entra en tiempo y espacio. Cada minuto viene y se va, cada vida viene y se va. Vivimos la unidad en el más allá; aquí todo se divide: uno después de otro, uno al lado de otro. Debe hacerse sitio. Porque más y más viene de la unidad integral a esta multitud digital. Parece un río enorme llegando desde el más allá. Solo ahora, en la salida, en la muerte, se aclara cuál es el sentido de las cosas de aquí. *Es el regalo de la vida de aquí*, la vida fue llevada, soportada, por las manifestaciones físicas. Las cosas manifiestas y el cordero, el carnero como inicio de lo concreto, acepta de continuo el camino a la muerte. Ese sacrificio es el camino de todo cuerpo hacia la muerte, para que el ser humano viva. Igual que el carnero en el monte Moriá (Génesis 22,13) va a la muerte, para que Isaac viva.

Israel ahora ingiere el cordero como alimento; al final, todos los momentos de la vida se están integrando. Israel, el alma divina del ser humano, está libre, listo para la salida. Va a abrirse paso y romper las fronteras.

La tradición judía cuenta que en la noche de la salida, todo varón de Israel es circuncidado. La circuncisión, *milá*, significa que la envoltura se elimina. Solo queda una parte, pero ya no cubre el lugar donde vive la potencia generadora de la vida en el cuerpo del hombre. La piel eliminada se entierra en el cementerio, igual que un cadáver humano. El sacrificio del cordero y la eliminación de la piel es lo mismo, dice la tradición.

¿Qué es exactamente esa envoltura, para qué está y por qué se elimina? Esa envoltura cubre algo esencial, un secreto. A causa de esa envoltura, el ser humano puede vivir aquí, tiene un cuerpo material. Pero el cuerpo fluye en el tiempo, transita por las fases de la vida y presiente que, en un momento dado, tendrá que irse. La circuncisión tiene lugar en el octavo día; durante siete días vive el hombre envuelto. Envuelto de su lado femenino, su cuerpo, igual que todo lo material envuelve, tapa y protege lo oculto, el secreto. En el octavo día, sin embargo, según la tradición, el nuevo mundo está.

El sacrificio del cordero –anterior a la salida, justo en el límite– es la condición previa para la salida. De no tener lugar, Israel iría encaminado a la muerte, igual que los egipcios. El alma muere con el cuerpo en Egipto. El cordero es la unidad, es entero, y después de él se comienza a contar. El cordero es, en toda vida, la manifestación concreta que posibilita el nacimiento y la estancia aquí. Pero toda vida llega a ese último momento, a esta situación límite, cuando el cordero aparece en la última cena en Egipto, en el cuerpo. Allí, en esa última cena, en ese último encuentro, en ese último momento de la vida, comprendemos. Israel sale, Egipto se queda, igual que el alma sale y el cuerpo

se queda. Como realmente, en todo momento, se deja el pasado atrás. Pero el cordero que lo ha llevado todo, aparece ahora como Unidad, reuniendo toda nuestra vida en unidad, en nuestra casa, en nuestro mundo de aquí, donde el más allá se manifiesta como perteneciendo a la vida.

El tiempo que fluye conlleva desde siempre que lo anterior se deja atrás. Egipto se deja atrás, el cuerpo y todo lo vivido allí se queda. Pero teniendo el cordero –es inarticulable– lo reunido acompaña. La muerte del primogénito en Egipto significa que el hilo entre la vida de allá y la vida de aquí, se corta. La vida –recuerden la palabra *jayim*– es separada. Lo de aquí se queda solo. El hilo de unión se ha cortado. Puede suceder durante la vida, pero sucede definitivamente en la última salida.

Sin embargo, *pesaj* significa “puentear”, “saltar por encima”. Es la excepción. La excepción de la regla. Lo normal sería que todo ser humano muriese. La excepción es obra del cordero que tiene la fuerza y el poderío de la retención.

Para nosotros es la experiencia de que toda la vida, concentrada, está presente. Se habla a menudo de una retrospectiva del fallecido. Ve todo, aprende el sentido de todo y se da cuenta de que todo queda. Allí se demuestra que el cordero está entero, santo, sano. El fallecido siente que no va a seguir de cualquier manera, que él mismo permanece, que todo tendrá una cara nueva, pero que se trata de la misma vida.

El pan que acompaña el *Seder de Pesaj*, es el pan ázimo. Está dicho que el pan de la salida es sin leudar. En la tradición judía es llamado *el pan de la pobreza*. Significa que en la vida, en el tiempo, estamos limitados en cuanto a nuestras posibilidades de ver y escuchar. Sin embargo, en el camino por el desierto viene un alimento nuevo, el maná, enviado por Dios. Ya no se trata de un alimento que es la recompensa del esfuerzo sino que, a partir de ahora, es el regalo de Dios (Éxodo 16,14-36). Los encuentros son dirigidos desde el más allá, desde el más allá en toda persona.

En la creación el ser humano llega a conocer el sentido del alimento que, al mismo tiempo, muestra el sentido de su vida aquí en tiempo y espacio. Comer, como comportamiento natural, se le enseña desde el lado del más allá de su vida. Es decir, no se come porque se tiene hambre y porque se moriría sin comer. En general, el ser humano no siente ninguna culpa tomando el alimento y sabe perfectamente que está comiendo cadáveres de animales y de otra vida. Y es así porque sabe, desde el más allá en su vida, que es un reflejo de la vida aquí. El tiempo fluye y pasa a través de él, así también la comida. Momento a momento, trozo a trozo. Sin embargo, queda un secreto: ¿para qué se elimina una parte? ¿Tal vez porque el círculo del sentido de la vida no cierra en la vida de aquí? El ser humano sabe que ese flujo que va a través de él pertenece a su vida y comprende que siempre se elimina algo. Puede preguntarse, igual que en la muerte, ¿para qué?

Existe la costumbre judía de dirigirse a Dios, después de cada eliminación, con las palabras siguientes: *Bendito seas, Señor, Dios nuestro, Rey del Universo, que has creado al hombre con sabiduría y formaste en su organismo vías y conductos. Revelado y sabido es ante el trono de tu gloria que si un solo órgano abierto quedara obstruido y uno*

cerrado quedara abierto, no sería posible existir ante tu presencia ni una sola hora. Bendito eres, Señor, que curas a toda criatura y haces maravillas. ¿Inverosímil? Sí, si se separa esta vida de la otra. Entonces es una utilidad, pero la pregunta por el sentido queda. Y no, si se experimenta la vida como una totalidad, si se ve el aquí y el allá en unidad. Faraón, rey de Egipto, pretendía no tener eliminaciones. Y el odio que tenía a Moisés se debía a que éste le había sorprendido en esa actividad en una hora temprana.

Se está abandonando Mizraim, la cena tiene lugar en el límite mismo. Pero puesto que toda comida sucede siempre en el *ahora*, estamos siempre ante ese límite. La vida aquí tiene lugar en la cresta de la ola del *ahora*; y cada momento, en cuanto al ahora, es el último. Nos gusta comer, es decir, vivimos los encuentros de la vida de forma positiva, siempre y cuando sepamos que estamos permanentemente en el límite. Siendo así, nuestro inconsciente comprende el sentido del pan ázimo y la presencia del cordero, cuya sangre *se pone en los dos postes y en el dintel de las casas*. Entre esta sangre entramos y salimos de la casa de la permanente última comida. El sentido de la vida se nos enseña desde el más allá. Nunca podremos apropiárnoslo por el estudio o por la inteligencia. Todo en Pesaj se dirige desde el más allá. Pero es bueno poder contarlo. La vida aquí escucha con atención.

El paso al otro lado de la vida no es la continuación del camino conocido. El más allá está en oposición, no es una prolongación. Sé que es difícil aceptarlo y entenderlo. Estamos demasiado acostumbrados al trote del tiempo; creemos que todo vaya a seguir en línea recta. No parece creíble que nuestra vida sea importante para Dios, aquí, estando ante la muerte. Pero justamente por eso, nuestra fe puede ser auténtica. Por ello todo el mundo se muere, también Moisés; y en el Nuevo Testamento también Jesús. No hay motivos lógicos ni causales que puedan explicarlo. Porque todo el proceso de la muerte es opuesto a la lógica y la causalidad. Nada sigue; pero viene la experiencia del otro lado. Allí está todo de este lado. He dicho ya, que la vida aquí es muy importante. Las palabras y las imágenes tienen validez aquí y allá. Recompensa y castigo se reflejan en el comportamiento de aquí. La vida no es en vano, no es ninguna ilusión. Y aunque tiempo y espacio parezcan ser ilusiones, lo son, para que toda la vida en el allá pueda expresarse aquí. La vida en el allá se mide por el *amor desinteresado* aquí, la fe aquí, la esperanza aquí. Porque esas son las medidas que convierten al ser humano en un Ser verdadero. El paso al más allá solo puede darse pasando por la sacudida de la muerte, una sacudida que nos sana de la ilusión de que el camino vaya a seguir en otro lado con otro decorado. Todo lo contrario. Aunque sí, vamos a encontrarnos con lo mismo, el mismo mundo, las mismas personas. La vida es una unidad de aquí y de allá. Unidad. Sacarla de aquí y colocarla en el más allá. El mar se divide al salir, el Jordán se divide al entrar. Al salir de Egipto cada uno camina bajo su nombre, sigue el camino con ese nombre y entra en el mundo venidero con el mismo nombre.

Pero volvamos a la pregunta por la resurrección, la vuelta a la vida del cuerpo. Al ser humano no le gusta abandonar este mundo porque siente y sabe que tiene un lugar aquí, que su vida es eterna. Todo les es familiar aquí. También en el más allá vuelve a tenerlo, pero allí es una apreciación normal de *jayim*, de los dos lados de la vida. Y con esta vida concreta de aquí ¿qué va a pasar? No importa cuántas vueltas demos, no hay respuesta satisfactoria.

La vuelta a la vida tiene una imagen, al principio mismo de la Biblia. Está dicho en el segundo capítulo de Génesis que nada pudo crecer, porque aún no había llovido. El mundo estaba terminado, listo. Todo estaba, salvo la manifestación aquí de aquello que está contenido en la palabra, la vuelta a la vida del cuerpo, la esencia, la promesa cumplida de la palabra de Dios, eso no estaba. Segundo capítulo, segunda historia, ¿relato de la resurrección?

Aunque sabemos que la serpiente entra en el paraíso, el ser humano cede ante la tentación ¿es eso acaso lo bueno de la resurrección? No, porque el ser humano no tiene por qué ceder a la tentación. Pero sin tentación ¿dónde está el valor del amor? Sin la tentación, solo queda el recorrido mecánico y con él, un grandísimo aburrimiento. Es cierto que solo un lado del ser humano cede, porque es libre. Pero el otro lado resiste. La grandeza del ser humano es que tenga los dos lados.

La resurrección quiere decir que todo lo que ha sido, vuelve. Pero el hecho de haber fallecido podría dar a la resurrección una nueva cualidad. ¿Para eso es la muerte? El cuerpo resucitado ha visto el otro lado de la vida. Ahora es nuevo, está unido con el más allá, como en un matrimonio. Su cuerpo ahora es imperecedero, la muerte ya no puede tocarlo. Y esa sensación da un carácter nuevo a la percepción de este mundo. Ahora sabe con certeza que todo queda. Se experimenta a sí mismo y al mundo como eterno, a pesar del flujo del tiempo. Y esa eternidad está fuertemente atada a lo que fluye y perece. Como hombre y mujer, en unidad. Y esa unidad se manifiesta en el hijo, cada vez.

En la Biblia no está escrito que llueva, siguiendo la palabra de Dios, de hecho, que haya llovido. Pero puede deducirse de las palabras que siguen. Porque la tierra, antes seca, deja que el vapor, *ed 1-4*, suba. Y todo puede crecer ahora, la gama de colores viene al mundo. La lluvia, vertical, no podemos percibirla; solo notamos aquí las cosas horizontales, causales. Pero del comportamiento de la tierra podemos deducir que ha llovido.

¿No se corresponde la resurrección con esta imagen? Por nosotros mismos no podemos hacer nada para que suceda. Pero debemos recordar que es la esencia de la palabra de Dios.

Es verdad, sin embargo, que aquí nuestras palabras e ideas respecto a la vuelta-a-la-vida de los muertos, fallan. El cuerpo duerme en el polvo, *afar*, que tiene la misma raíz que *transformarse*. Todo cambia en la tierra, estando oculto y cubierto. Es así también en la tierra física. El grano puesto en la tierra, *muere*; seguidamente lo concentrado de su interior se despliega en el mundo opuesto en grandísima variedad.

Todo está esperando la realización de la palabra de Dios, porque el mundo está seco y sediento. Esa espera, esa esperanza y expectación –como en el caso del gemido en Mizraim– acercan la palabra. No se ve nada, no se oye nada. Pero la tierra muestra que quisiera tener vida, lo demuestra en la forma del vapor, de la nube. Nada fijo, nada rígido. Lo que sube de la tierra, ese *ed*, muestra la estructura *1-4, uno – cuatro*. La unidad

frente a la multiplicidad. La quintaesencia es el Uno, la multiplicidad de este mundo es el Cuatro. Atados en eternidad. Con ello la tierra libera todo lo que está descansando en ella. Los muertos se levantan. No es visible de forma concreta, pero sí en el sentido y en la correspondencia del grano puesto en la tierra.

Desde el principio mismo de la creación está la promesa divina para todo ser humano: morir, ser sepultado y resucitar.

La resurrección está unida con esa relación amorosa como se cuenta en el segundo capítulo de Génesis. Todo está seco, nada se mueve, hasta que Dios se da a conocer con su nombre ha-Shem; el Amoroso, el Misericordioso, el Clemente. Faltan las palabras para describirlo, están cerradas, igual que el camino de aquí al allá está velado a nuestros ojos. Podemos llegar solo por la muerte. Como tampoco podemos describir el camino del allá al aquí en el nacimiento. Es la misma sacudida. Pero es lo mismo: las mismas personas, animales, plantas.

Me acordaré de la Alianza Primera hecha con vuestros padres que he sacado de Mizraim ante la mirada de los pueblos, para convertirme en su Dios, Yo, el Eterno. Piensa en todo aquello que ha quedado en el olvido, pero tú eres eterno. No hay olvido ante el trono de Tu Gloria. Bendito seas Tú, Eterno, que recuerdas la Alianza. (Oración Rosh ha-shaná.)

Ahora se puede decir: Hemos muerto y resucitado. Con Job decimos: *De oídas te había oído; más ahora mis ojos te ven. (Job 42,5).*

Lo concreto ahora ya no es lo que fluye y desaparece. Lo concreto ahora es lo permanente. Por ello está dicho: *no hay ni antes ni después en la Torá.* Aunque es cierto, la historia de la Biblia conoce la sucesión. Pero los primeros saben ya de los últimos, y los últimos de los primeros. En Malaquías, el último de la serie de los profetas, está escrito hablando del profeta Elías: *Acordaos de la Torá de Moisés mi siervo, al cual encargué en el Joreb preceptos y ordenanzas para todo Israel. He aquí, yo os envío a Elías el profeta, antes de que venga el día del Señor, grande y terrible. Él convertirá el corazón de los padres a los hijos, y el corazón de los hijos a los padres; no sea que Yo venga, y con destrucción hiera la tierra.*

Jukim son preceptos que, desde aquí, no podemos comprender. Porque falta la posibilidad de ver más allá del flujo del tiempo; pero están abiertos a la dimensión de la fe y del amor. *Mishpatim* son reglamentos, jurisprudencia, comprensibles con la razón. ¿Hasta dónde va lo uno y comienza lo otro? Depende del ser humano, de su camino.

Pero cuando viene el profeta Elías, aquel que tiene la alegría de aportar la buena nueva, entonces lo primero se unirá con lo último, porque no hay antes ni después en lo esencial. Lo concreto deja de ser aquello que conocemos. Lo concreto es el conocimiento y la comprensión de la Unidad. La buena noticia de Elías no es fantasía de un lado y realidad del otro, sino más bien que la fe y el amor aportan una descripción de la realidad, desde una visión nueva, diferente. Es el matrimonio de los dos.

Es costumbre judía, en la cena de Pesaj, poner una copa llena de vino en la mesa para el profeta Elías. Y Elías visita cada casa con una copa preparada para él. No está científicamente comprobado, pero tampoco que fue llevado al cielo en un carro de fuego. Pero en la visión del resucitado es cierto y verdadero y muy concreto. Porque Elías está justo en el paso al otro mundo, porque aporta la buena nueva. La buena nueva, que morir es pasar al otro lado de la vida. Que la muerte lleva a la vida en *shamayim*, en ese doble *sham*, que es el cielo. Y que la resurrección es una resurrección del cuerpo, y lo venidero es un mundo nuevo, una nueva realidad; donde lo concreto es nuevo y concreto de verdad.

Que se aporte siempre este mensaje. Y también que la relación de amor entre el mundo de aquí y el mundo de allá dure para siempre, porque el mundo viene por amor. El secreto es fundamento también del matrimonio. Y toda relación de amor incluye la posibilidad de la mujer infiel. Sabemos que el hombre, Dios, acepta a la mujer de nuevo, a pesar de todo. Pero le ha irritado, le ha causado grandes penas. Pero el amor es fuerte como la muerte y vence siempre. El mundo construido sobre la ley puede hundirse, aunque sea por aburrimiento. Pero un mundo construido sobre el amor es eterno, contiene para siempre jamás la alegría de ser nuevo cada vez.

La expectativa de la llegada de ese mundo nuevo es la presencia de Elías en nuestra vida. Incluimos todo, de principio a fin, no dejamos que nada se pierda, ni de nuestra vida ni de la vida de los demás. No abandonamos. Sería incredulidad y falta de amor.

El vapor sube siempre y eternamente como señal de que Dios ha hablado. Y la relación de amor en el matrimonio del cielo y de la tierra trae mucha alegría. Porque espera de nosotros la conversación eterna, que se traduce en el cántico de los ejércitos celestiales. Es una conversación llena de novedades. Porque mucho hay que contar de ese cuerpo nuevo, de esa mujer nueva, de esa mujer llegada del más allá. Y el secreto es inagotable y si se abre, es para contar nuevos secretos, más profundos aún. El banquete en la mesa del Mesías es delicioso, exquisito, eterno y siempre nuevo.

Anexo: El alfabeto hebreo y sus valores numéricos

EL ALFABETO HEBREO
Y SUS VALORES NUMÉRICOS

Signo o letra	Componentes de la letra	Valor externo	Valor pleno
Álef	1-30-80	1	111
Bet	2-10-400	2	412
Guímel	3-40-30	3	73
Dalet	4-30-400	4	434
Hé	5-1, 5-5, 5-10	5	6, 10, 15
Vav	6-6, 6-1-6, 6-10-6	6	12, 13, 22
Zayin o Sayin	7-10-50	7	67
Jet	8-400, 8-10-400	8	408, 418
Tet	9-400, 9-10-400	9	409, 419
Yod	10-4, 10-6-4	10	14, 20
Kaf	20-80	20	100
Lamed	30-40-4	30	74
Mem	40-40	40	80
Nun	50-6-50	50	106
Samek	60-40-20	60	120
Ayin	70-10-50	70	130
Pé	80-1, 80-5	80	81, 85
Zadi o Tsadi	90-4-10	90	104
Kof	100-6-80	100	186
Resh	200-10-300	200	510
Shin	300-10-50	300	360
Tav	400-6	400	406